

Pascual Campos

Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

sig. TE. 329
R 1829.

Para la biblioteca del
Museo del Prado

17.1.02

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

Agradecemos a Emilio Cano Cerdá y a Rafael Antón Antón el habernos facilitado algunas de las fotografías antiguas que figuran en este libro.

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltaser Brotóns García
D.L. A-869-1996
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Pascual Campos

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PRÓLOGO

Del libro de Baltasar Brotóns diré que me sorprendió gratamente tanto en la forma como en el contenido. Porque se trata de una prosa fluida, clara y concreta, lejos de los ornamentos artificiales de una literatura forzada. Es natural y sencilla eminentemente narrativa, que apoya sus afirmaciones en la investigación como método de trabajo.

Juega con el tiempo analizando las distintas épocas en las que se infiltra para describir sus costumbres y sus personajes, involucrándose en los acontecimientos con el disfraz de un «Pascual Campos» protagonista que, en contra de lo que pueda parecer al lector, no es el eje del libro. El eje sobre el que gira el texto es el paso del tiempo y su relevancia en la economía, sobre todo agrícola, de la ciudad de Elche.

Y no podemos afirmar que se trate de un libro exclusivamente histórico, hay algo más, su visión personal e intimista de la realidad pasada y presente aflora constantemente a lo largo de la obra desde las opiniones que, sobre sus personajes y los hechos acaecidos, emite el autor.

Es por eso una obra histórica, personal y narrativa que pone de relieve la interconexión del amplio espectro de sectores económicos que se desarrollan en la ciudad de Elche, sobre todo a raíz de la expansión económica de los años setenta, movidos por un impulso esencial cual fue la agricultura ilicitana y su incipiente modernización a principios de dicha década con la introducción de los primeros factores modernos de mecanización. Además el autor, inmerso en el núcleo de la crónica local, pone de relieve la importancia básica que el asociacionismo, como ejemplo impulsor, tuvo en esta ciudad. El asociacionismo, desde una perspectiva social, económica, política y sindical, contribuyó decisivamente a fomentar el desarrollo y la organización local.

Sin duda, la libertad con la que Baltasar Brotóns se mueve a lo largo del texto, realizando un estudio sociológico de la historia de un entorno delimitado, examinando las causas desde un conocimiento serio y profundo de la realidad de dicho entorno, de su pasado, de su presente, de sus condiciones y sus posibilidades, le hace acreedor de un conocimiento científico-práctico que va más allá de la mera especulación o de la simple opinión, para adentrarse en el campo del análisis, como origen, y alcanzar conclusiones de futuro. Ese alarde de conocimientos, tanto de la historia como de la intrahistoria de Elche, que se hace palpable en la obra, se superpone a la mera visión descriptiva para navegar en los planos intimistas y los esquemas personales introducidos, conscientemente, por un personaje de ficción, Pascual Campos, que no es sino la imagen reflejada del autor y una excusa para entremezclar, en un mismo texto, planos tan próximos y a la vez tan distintos como son la historia escrita con mayúsculas, aquella que se desarrolla en el seno de Organizaciones, despachos y organismos públicos, y que se plasma en leyes, decretos y resoluciones que afectan a un amplio espectro social desde el vértice de la pirámide del poder, y la intrahistoria, aquella que se des-

envuelve en el quehacer diario, en lo cotidiano, en el plano familiar y particular, y que, como mucho provoca, con su uso continuo, la costumbre de los pueblos, y que siendo la base de la pirámide es reivindicada por el autor con la importancia que se merece.

Pascual Campos no es un político, no es un director, no es un líder, es un simple campesino que intenta sobrevivir como tal a las circunstancias adversas de una agricultura marginada, olvidada y en crisis que se enfrenta , además, con el azote terrible de una sequía reciente y prolongada.

Al final la opinión del autor, «la agricultura del campo de Elche carece de futuro». Y sin embargo, si leemos entrelíneas ese pesimismo, formalmente absoluto, no lo es tal, un rayo de luz se escapa entre las hojas para proponernos soluciones de futuro, la modernización del campo de Elche, el cambio de las estructuras tradicionales de producción. Esa es la verdadera lucha que Baltasar Brotóns sostiene, no sólo en este libro sino en el conjunto de su obra y en su propia vida, el amor que siente por las gentes del campo, por su forma de ser, por la tradición, y la necesidad de actualizar a los nuevos tiempos que corren unas estructuras de producción arcaicas y poco competitivas. Al final podemos comprobar que ambos aspectos no son incompatibles entre sí, y que perfectamente se pueden conjugar formas de vida tradicional con unas explotaciones agrarias modernas.

Esa es probablemente, la propuesta, en última instancia del autor.

Y no podía ser de otra forma, porque a Baltasar Brotóns, profundamente comprometido con la realidad social agraria y económica de su ciudad, se le hace imposible la claudicación, no se rinde a lo largo de la obra, examina la historia desde una geometría circular, sin principio ni fin, en la que nada empieza y nada acaba sino que todo gira en un movimiento conti-

nuo. Pese a los problemas que ha habido, pese a las dificultades sufridas, pese a los momentos de crisis profunda, los hechos han demostrado que el campo de Elche pervive salvando obstáculos y ajustándose a las nuevas posibilidades.

Manuel Serrano Richarte
Presidente de la Comunidad de Riegos de Levante

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

NOTAS PREVIAS

Todas las obras literarias contienen rasgos autobiográficos del autor, y en mayor o menor medida, reflejan la manera de pensar y de comportarse del mismo, que frecuentemente, se vale de sus personajes imaginarios, para decir o para hacer las mismas cosas, que consciente o inconscientemente, él diría o haría en las mismas circunstancias. Eso es tanto como decir que, en este caso concreto, a través de las páginas de este libro, Pascual Campos y Baltasar Brotóns son la misma persona, si bien con rasgos y circunstancias personales y familiares diferentes, aunque encuadrados ambos dentro del mismo contexto geográfico y social.

Después de hacer mención del protagonista del libro, queremos hacer una breve referencia de su contenido, afirmando como se expresa en sus páginas, que la agricultura ilicitana a lo largo de la historia, y a pesar de los pesares, demostró tener siempre, una gran relevancia y entidad, con sus lógicos altibajos, en función de determinadas circunstancias negativas que la condicionaron significativamente. Y eso pudo ser

así gracias a un fenomenal colectivo de campesinos, dotados de un encomiable espíritu de sacrificio, de laboriosidad y con unos comportamientos éticos, (tal vez heredados de los árabes), que crearon una cultura propia, (cultura que no solo concierne a la forma de cultivar la tierra), que exhibían orgullosos como una de sus principales peculiaridades.

Esta agricultura, en los últimos veinte años, pasó de su máximo esplendor a su más acusada decadencia, decadencia que aun no ha tocado fondo, pues la desastrosa sequía que estamos padeciendo y que la ha provocado, no sabemos cuando va a finalizar.

Esta decadencia visible y manifiesta, ha coincidido en una época de cambios y mutaciones estructurales, así como de formas de vivir, no solo del campesino, si no también de todas las gentes en general. Son los cambios propios que se producen en unos tiempos de transición, transición de una época antigua y caduca, que se resiste a desaparecer, arrastrada por los vientos cambiantes de la historia, para dar paso a una época nueva, llena de promesas y de incertidumbres, en los albores del siglo XXI, que ya tenemos a la vuelta de la esquina.

Y ese nuevo siglo, primero del tercer milenio, los agricultores ilicitanos, (los pocos que quedarán), tendrán que recibirlo con ojos nuevos y con una mentalidad diferente, ya que el campo de Elche que verán entonces, no será ni la sombra de lo que fue quince años antes. Será un campo distinto para unos tiempos nuevos, que albergará una agricultura diferente, acorde con unas circunstancias y unas necesidades también diferentes.

Lo que se trata de constatar en este libro, es la evolución que ha experimentado la agricultura ilicitana en las dos últimas décadas, particularmente después de nuestra integración en la U. E. y las causas fundamentales que han propiciado esa evolución. Y todo ello alrededor de un personaje que se describe como un prototipo del agricultor medio ilicitano de

los tiempos recientes, que se ve involucrado en todos los principales hechos y acontecimientos que tienen lugar a su alrededor, y que conforman la pequeña historia de cada día, durante veinte años.

Este libro no pretende ser, en modo alguno, una historia del campo de Elche de los últimos tiempos, si no más bien un esbozo de los principales acontecimientos que tuvieron lugar aquí, y que marcaron hasta cierto punto, el rumbo previsible de esa evolución.

En cuanto a la figura humana de Pascual Campos, podemos ver reflejada en ella, a varios miles de agricultores ilicitanos contemporáneos, que gozaron y padecieron con sus propios pesares y alegrías. En la inmensa mayoría de las personas que forman parte de ese colectivo de agricultores, podemos encontrar un Pascual Campos, con sus mismas características y peculiaridades, y que permanecen en el más absoluto anonimato.

El Autor

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

1

Pascual Campos, un auténtico y genuino agricultor del campo de Elche, lo mismo que lo habían sido todos sus antepasados, vivía en la partida rural de Tierras Verdes, en una de esas viviendas rurales de planta baja, orientadas hacia el sur y con tejado a dos aguas, con esas características arquitectónicas tan peculiares en el medio rural ilicitano. La casa la había heredado de sus padres que la construyeron hacía ya cuarenta años, y que ya precisaba de una restauración, ante las muestras evidentes de deterioro que presentaba por todas partes, a causa de la acción inexorable del paso del tiempo, que iba dejando sus huellas en una obra que empezaba a dar señales de envejecimiento.

Su único medio de vida para mantener a su familia, era la agricultura, o lo que es lo mismo, el producto de su trabajo diario, cultivando unas treinta tahullas de tierras propias que poseía alrededor de la casa, tierras que regaba con aguas distribuidas por El Progreso y la Comunidad de Riegos de Levante. La mitad de estas tierras estaban plantadas de diferen-

tes arbolados y la otra mitad eran "tierras blancas", para plantar hortalizas, cereales y cultivos herbáceos.

(Antes de continuar relatando esta historia, tenemos que manifestar que Pascual Campos es un personaje imaginario, que responde al prototipo del agricultor medio del campo de Elche, con sus virtudes y sus defectos, (más de las primeras que de los segundos), y que la pedanía de Tierras Verdes es también imaginaria, aunque se puede identificar muy bien con cualquiera de las treinta y tres, (actualmente solo treinta y una), partidas rurales del campo ilicitano. Por lo tanto, cualquier parecido con la realidad del personaje o de los entornos en que se desenvuelve, no deja de ser una pura coincidencia).

Hecha esta aclaración previa, empezaremos diciendo que esta historia empieza a finales del mes de diciembre de 1976, pocas fechas después de que la comunidad de Riegos de Levante realizase el rescate anticipado de las concesiones de agua y de las instalaciones que construyera la Real Compañía de Riegos de Levante, hacía ya más de medio siglo. El precio de este rescate anticipado, ascendió a setenta millones de pesetas, pagaderas en ocho anualidades. La Comunidad rescató todo el patrimonio de la "Compañía", excepto el Salto Eléctrico de Almadenes, construido en el río Segura, en las proximidades de Cieza, exprofeso para producir fuerza motriz con la que poder elevar, por el sistema de bombeo, las aguas de riego desde el río Segura y los azarbes, hasta la red de canales distribuidores de estas aguas, por diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante. Para transformar la electricidad que producía el Salto de Almadenes, construyeron una Central Transformadora junto a la Estación del Ferrocarril de Crevillente. Ni el Salto ni la Central Transformadora se incluyeron en el rescate.

Lo del rescate anticipado no fue cosa fácil, ni mucho menos, ya que desde que se constituyó la Comunidad de Riegos de Levante, (margen izquierda del Segura), el 14 de abril de

1942, se hicieron varios intentos en este sentido, sin llegar a ningún acuerdo. (Estas concesiones de agua ahora rescatadas anticipadamente, las otorgó la Administración alrededor de los años veinte, para un período de noventa y nueve años, pasados los cuales, revertirán automáticamente, en la Comunidad, lo mismo que todos los canales y demás instalaciones. De ahí lo del rescate anticipado, pagando un precio por el mismo.

Pero ante la proximidad de la finalización de las obras del trasvase Tajo-Segura, se avivaron estas pretensiones, inducidos y presionados por los técnicos del I.R.I.D.A., con el razonamiento de que si no se rescataba, la Administración tenía que hacer una red de canales nuevos, paralelos a los actuales, para poder distribuir las aguas trasvasadas con un coste económico muy elevado y una pérdida de tiempo importante. En cambio, si se llevaba a cabo el rescate, los comuneros recibirían toda clase de ayudas y subvenciones de los poderes públicos, para remozar las instalaciones y los canales que se encontraban muy deteriorados, ayudas y subvenciones que no se podían conceder a la "Compañía", por tratarse de una empresa privada. Estos razonamientos, eran tan lógicos y convincentes, que crearon una ambiente propicio en pro del rescate. Por otra parte, lo que querían los comuneros, era poder regar lo antes posible con las aguas trasvasadas de buena calidad, tan pronto las canalizaciones estuviesen terminadas.

Así las cosas, en la Asamblea General que celebró la Comunidad, en el Grupo Escolar José Antonio de Elche, el 8 de octubre de 1972, se tomó el acuerdo de crear una comisión de cuarenta y seis miembros, (dos comuneros por cada punto de venta de agua de la Comunidad), para que estudiase los pros y contras de este rescate anticipado y que informase a la Asamblea lo antes posible. Para Presidente de esta Comisión fue elegido Carmelo Serrano Sánchez y para Vicepresidente Vicente Martínez Irles. Pascual Campos formaba parte también de esta comisión de los 46, y junto con Esteve Llopis, representaba a los comuneros de la pedanía de Tierras Verdes.

Esta Comisión de los 46, se reunió durante varios meses, dos veces por semana, en sesiones de varias horas, sesiones que a menudo resultaban tensas y movidas, ya que existían opiniones discordantes y enfrentadas, sobre lo que debería hacerse al respecto. La Comisión también mantuvo muchos contactos y entrevistas con los técnicos del Ministerio de Agricultura, para clarificar posturas y recabar información, sobre las propuestas y ofertas de ayuda a los comuneros por parte de los poderes públicos. Pero a medida que pasaba el tiempo, iba ganando enteros la postura del sí al rescate anticipado, por entender que era lo más conveniente para los intereses de los agricultores.

En el verano del año 1973 murió en accidente de tráfico el Presidente de la Comisión, Carmelo Serrano Sánchez, ocupando su cargo el Vicepresidente, Vicente Martínez Irles. La Comisión continuó su labor hasta el mes de septiembre, que aprobó con solo unos votos en contra, informar favorablemente, sobre el rescate anticipado. Una vez tomada esta decisión, se aprobó también que el montante económico del rescate, se cargará al precio del agua y no a la tierra con derecho a riego, decisión que después se comprobó que fue equivocada, ya que lo que se adquiría era un patrimonio que no pertenecía a los comuneros sino a las tierras que se regaban con estas aguas trasvasadas. Por lo tanto, lo más lógico hubiera sido que esos setenta millones de pesetas que se pagaron por el rescate, se hubiesen sufragado mediante una derrama impuesta a las treinta y nueve mil hectáreas de tierra con derecho a riego. Pero, para bien o par mal, las cosas se hicieron así y eso ya no tuvo vuelta de hoja.

Terminados los trabajos de la Comisión, el día 11 de noviembre del 73, se convocó una Asamblea General Extraordinaria de la Comunidad, a la que informó el Presidente de la misma, de los acuerdos adoptados, después de un año de reuniones de trabajo. La Asamblea ratificó los acuerdos de la

Comisión, aprobándose así mismo, iniciar las conversaciones con Hidroeléctrica Española, que desde 1951, era la dueña absoluta de todo el patrimonio de la Real Compañía de Riegos de Levante, mediante compra.

Cuando se celebró la Asamblea que dijo sí al rescate anticipado, era Presidente de la Comunidad el General Antonio Maciá Serrano, Vicepresidente Vicente Mas Martínez y Presidente del Sindicato de Riegos el Procurador de los Tribunales Emigdio Tormo Ródenas, que fue el que llevó el peso de estas negociaciones, que fueron harto difíciles y complicadas, ya que duraron nada menos que cerca de tres años. Pero al fin, se llegó a un acuerdo en las condiciones antes señaladas.

Los comuneros, en su inmensa mayoría, no se dieron cuenta de la trascendencia y la importancia que tenía la decisión que habían tomado, ya que a partir del rescate, la Comunidad tenía que responsabilizarse plenamente de la gestión y de la administración, así como de su funcionamiento, como cosa propia y responder ante los comuneros de la marcha de la entidad. Se vendía el agua en los mismos puntos de venta y la distribuían los mismos "repartidores", como si nada hubiera ocurrido. Pero la realidad era que ya nada fue lo mismo que antes. Las circunstancias habían cambiado totalmente, como de la noche al día.

Y cuando más unidos tenían que estar todos los comuneros para llevar a buen puerto aquella nave propia, facilitando su rodaje, se inició una guerra solapada, con afán de protagonismo, entre varias "capillitas" de comuneros que se crearon alrededor de unas personas que pretendían erigirse en máximos mandatarios de la Comunidad. Estas banderías crearon mucha crispación y controversia en el seno de la Comunidad, que lo que precisaba era paz y concordia para poder realizar una buena gestión y superar todos los escollos y dificultades que le iban saliendo al paso todos los días, particularmente en el aspecto económico, ya que los déficits se iban acumulando de ejercicio en ejercicio.

Así las cosas, lo más lógico y normal era que se subiera el precio del agua, para poder equilibrar ingresos y gastos. De no hacerlo, se corría el riesgo de incrementar el endeudamiento que corroía la economía de la Comunidad. No obstante, la mayoría de los comuneros se mostraban reacios a reconocer esta realidad, aunque era de una lógica aplastante. Pensaban que estos desajustes contables deberían asumirlos la Administración, como parte de las ayudas prometidas antes del rescate.

En esas circunstancias, un tanto conflictivas, surgió Andrés Quiles Esclapez, un comunero del primer canal de Levante, con muy pocas tierras, y que además no tenía a la agricultura como profesión, aunque estaba enraizado en el campo de Elche, y entró en liza en toda la problemática de la Comunidad de Riegos de Levante, manifestando estar dispuesto a acceder a la Presidencia de la entidad y a solucionar todos sus problemas económicos y de funcionamiento, con el compromiso firme de reducir el déficit de la Comunidad sin elevar el precio del agua, mediante unas fórmulas de gestión que, en teoría, parecían razonables. Ni que decir tiene que con esos razonamientos, se llevó a la mayoría de los comuneros de calle, un tanto deslumbrados por sus teorías. Tanto fue esto así, que cuando presentó su candidatura a la presidencia de la Comunidad en la Asamblea General que se celebró en el Campo de Fútbol de Altabix, el 18 de mayo de 1980, fue elegido por aclamación de la mayor parte de los más de mil comuneros puestos en pie. Aquello fue un verdadero espectáculo, hasta el extremo de que el otro candidato que se presentaba para el mismo cargo, no pudo ni siquiera dirigir la palabra a la Asamblea. Jamás se había visto en la comunidad una cosa semejante. Aquello fue el nacimiento de un líder campesino, que con su palabra fácil y sus promesas redentoras, se había metido a los comuneros en el bolsillo, por entender que tenía la varita mágica para poder solucionar todos sus problemas, cosa que después la realidad se encargó de demostrar que no era así.

Pascual Campos, que asistió también a aquella Asamblea multitudinaria, se quedó perplejo y pensativo, ante lo que estaba viendo, y pensó un tanto incrédulo, que el programa del Sr. Quiles , si se llevaba a cabo, tal como él lo propugnaba, la Comunidad sufriría un gran detrimento económico, como así se comprobó un tiempo después desgraciadamente, ya que los hechos reales se encargaron de demostrar, que la cosa no era tan fácil y sencilla como predicaba el Sr. Quiles Esclapez, pues nos se redujo el déficit, sino todo lo contrario, como era de esperar. Como los gastos se iban incrementando de año en año, mientras el precio del agua se mantenía inamovible cuatro o cinco años seguidos, el déficit se iba acumulando a la vez que el endeudamiento se incrementaba.

Por otra parte, los enfrentamientos que se producían entre las diferentes "capillitas" de comuneros, se iban agudizando a medida que pasaba el tiempo y los problemas se iban incrementando sin remisión. Estos enfrentamientos llegaron al extremo de rompimiento de amistades entre comuneros que hasta entonces habían sido buenos amigos.

Y mientras esto ocurría, las ayudas y subvenciones que había prometido la Administración para que se llevase a cabo el rescate, no se materializaban por ninguna parte y se demoraban más de la que se creía.

Los setenta millones de pesetas que se pagaron por el rescate, no tenían la mayor trascendencia, ya que eso suponía solamente unas 1.800 pesetas por hectárea de tierra con derecho a riego. Prácticamente, nada.

El gran problema consistía en el deficiente estado de conservación en que se encontraban todas las instalaciones. Los motores de las elevaciones estaban viejos y obsoletos, prácticamente inservibles. Los canales de distribución de las aguas, medio derruidos, lo que originaba grandes pérdidas de agua por las filtraciones. Una plantilla de trabajadores demasiado numerosa que generaba grandes desembolsos en el pago de

jornales, etc. Todas esas circunstancias desfavorables, iban generando en la Comunidad, una situación de descontento, desánimo y de endeudamiento creciente, que amenazaba con estrangular su funcionamiento. Por eso no es de extrañar que las Asambleas fueran cada una de ellas más polémicas y ruidosas, convirtiéndose en auténticos foros de discordia y enfrentamientos, hasta el extremo de tener que suspenderse a mitad de su desarrollo, a pesar de estar presididas por el Gobernador Civil de Alicante. Estaba claro que las cosas no podían continuar así por más tiempo, ya que la Comunidad caminaba a la deriva y amenazaba con desintegrarse por completo. Para evitar que esto ocurriera, se tomó el acuerdo de que se nombraran compromisarios que representarían a todos los comuneros en las Asambleas Generales, con poder de decisión para tomar acuerdo vinculantes. De esta manera, las Asambleas serían más operativas y pacíficas y la Comunidad recuperaría su normal funcionamiento.

MUSEO ESCOLAR

2

Con las aguas trasvasadas del Tajo, la agricultura ilicitana mejoró sobremanera, lo mismo que la de los de más pueblos del sur de la provincia de Alicante, que formaban parte de la zona regable de la Comunidad de Riegos de Levante. Por fin se había cumplido un sueño y una reivindicación que se venía pidiendo desde hacía más de quinientos años: trasvasar aguas de otras cuencas a la provincia de Alicante, para suplir el déficit de recursos hídricos que aquí se venía padeciendo desde tiempo inmemorial. Y lo mejor de todo era que estas aguas eran dulces y de buena calidad, y además, discurrían por su propio impulso, sin tener que elevarlas, como ocurría con las procedentes de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, aunque había que pagarlas mucho más caras que las elevadas por el sistema de bombeo. A partir de entonces, la de sobrantes que eran más baratas, aunque de peor calidad, las empleaban para regar los cultivos hortícolas y arbóreos más resistentes a la salinidad, y las trasvasadas de mejora calidad, para regar los cultivos más delicados.

Para satisfacer todas las necesidades de los comuneros, establecieron una alternancia en el servicio de las aguas de las dos procedencias. De esta manera, la Comunidad vendía aguas de sobrantes durante unos días y a continuación vendía las trasvasadas. Así no se mezclaban y cada uno podía utilizar las que le interesaban, en función del cultivo que quería regar, sin mayores problemas.

Antes de llegar las aguas trasvasadas, el Gobierno publicó la llamada Ley de Aprovechamiento Conjunto del Trasvase Tajo-Segura, que regulaba, legalmente, estos trasvases. El espíritu de esta Ley se puede resumir diciendo que solo se podrían trasvasar aguas del Tajo al Segura, a partir de que hubiesen almacenadas en los embalses de Entrepeñas y Buendía un mínimo de hectómetros cúbicos determinado, que era tanto como decir que solo se trasvasarían lo que se consideraban aguas de sobrantes, después de cubrir las necesidades estratégicas del Tajo.

Como quiera que los ribereños del Tajo siempre se opusieron a que se trasvasaran aguas al Segura, (una oposición relativa, pues en las circunstancias políticas de entonces, las decisiones del Gobierno, salían adelante siempre, con o sin oposición), la Administración acalló estas débiles protestas, diciéndoles que los usuarios de estas aguas trasvasadas las pagarían a un precio elevado, y que este dinero lo dedicarían a amortizar parte de las inversiones realizadas en estas obras y a construir otras obras compensatorias en aquellas zonas que se considerasen perjudicadas, a consecuencia de estos trasvases.

Las obras del trasvase empezaron en el pequeño pantano de Bolarque, en el río Tajo, y terminaban en el embalse del Talave, en el río Mundo, afluente del Segura. A mitad de su trayecto, durante unos kilómetros, se aprovechaba el curso del Pantano de Alarcón, como cauce natural, por donde discurrían estas aguas trasvasadas.

El trasvase Tajo-Segura se llevó a cabo siendo Ministro

de Obras Públicas Federico Silva Muñoz. Antes hubo otros intentos que no se materializaron, por distintas circunstancias. Ya en 1933, durante la República, y siendo Ministro de Fomento Indalecio Prieto, se proyectó un trasvase desde las lagunas de Ruidera, pero la agitación política de aquellos tiempos, que desembocaron en la Guerra Civil, lo echó todo por tierra.

Una vez que llegaron las primeras aguas trasvasadas, todos los años por el mes de septiembre, establecían un calendario de desembalses para el Año Hidrológico, (del uno de octubre al treinta de septiembre). Así ya se sabía a priori las provisiones de agua que había disponibles para un período de doce meses. Para el ámbito de la Comunidad de Riegos de Levante, destinaban alrededor de cien hectómetros cúbicos de agua al año, que si se servían todos, eran suficientes para cubrir las necesidades de los comuneros, si disponían también de aguas elevadas de sobrantes.

El destino de estas aguas trasvasadas, no era solamente para la margen izquierda de Segura, sino también para la margen derecha, que abarcaba desde los Campos de Cartagena hasta la provincia de Almería.

Las aguas trasvasadas desde el Talave, en el río Mundo, después de pasar por el pequeño embalse de Camarillas, desembocaban en el Segura, al sur de Cieza, hasta las proximidades de Ojós, de donde parte un canal hacia Levante y otro hacia Poniente. El canal de Levante desemboca en la red de canales de la Comunidad de Riegos de Levante, y una derivación del mismo sale hacia los Campos de Cartagena. También puede desembocar en el pantano de Crevillente que construyeron exprofeso, como embalse regulador de estas aguas. En cuanto al canal que parte de Ojós hacia Poniente, llega hasta la provincia de Almería, con posibilidades de más ampliaciones en etapas posteriores.

En el canal de Levante a la altura de Albatera, construye-

ron una depuradora para depurar determinadas cantidades de agua, que después se vierten a los canales de Taibilla, para complementar las aguas que se destinaban para el abastecimiento de las poblaciones costeras del sur de la provincia de Alicante, entre las que se encuentra Elche. Sin este complemento, todas estas poblaciones hubieran tenido muchos problemas de abastecimiento para cubrir sus necesidades más perentorias. De la misma manera, si el trasvase no se hubiera llevado a cabo, las poblaciones costeras, desde la Marina Baja hasta Cartagena, no se hubieran desarrollado tanto, turísticamente, en los últimos años, ya que el nacimiento del Taibilla no hubiera sido suficiente para cubrir todas sus necesidades de agua potable, en una zona donde la población se ha duplicado en muy poco tiempo.

De esta forma, lo que en un principio se planificó para trasvasar agua para necesidades agrícolas, en los campos levantinos, al cabo de pocos años, hubo que darle preferencia al abastecimiento de las poblaciones.

Desde tiempo inmemorial, el llover poco en Elche, ha sido una constante invariable que condicionó, sobremanera, el desarrollo agrícola de estos campos que fueron de secano, en su inmensa mayoría, hasta principios de siglo, cuando primero Nuevos Riegos El Progreso y después la Real Compañía de Riegos de Levante, elevaron aguas de sobrantes de la Vega Baja del Segura, para poder regar estos campos casi siempre sedientos. Aquel acontecimiento marcó en el campo de Elche, un hito histórico. Aquel hecho hizo cambiar radicalmente, la geografía agraria ilicitana, al introducir nuevos cultivos hortícolas y arbóreos, con lo que la agricultura del campo de Elche se hizo más rica y variada.

Pero con el paso de los años, fueron disminuyendo los caudales disponibles y las pocas aguas que había estaban muy contaminadas. De ahí la necesidad apremiante que sentían los agricultores de esas aguas trasvasadas, para que no se resintieran sus cosechas por falta de riego.

Los primeros años después de poner el trasvase en funcionamiento, las aguas procedentes de Tajo fueron suficientes para cubrir las necesidades de riego, en toda la zona regable de la Comunidad, tanto con aguas procedentes de los sobrantes de la Vega Baja, como de las trasvasadas. Fueron aquellos unos años prósperos para el colectivo campesino ilicitano, cuyas tierras estaban todas bien cultivadas y se conseguían abundantes cosechas, tanto en hortalizas como en frutales. El campo era como un jardín y rebozaba lozanía por todos los poros de su piel, y los productos cosechados tenían unos precios bastante aceptables.

Por aquellos tiempos, se terminó el proceso de mecanización de la agricultura, que se inició en la década de los años cincuenta, a partir del tratado hispano-americano, que terminó con el aislamiento diplomático y comercial que sufrió nuestro país, por motivos políticos después de la Segunda Guerra Mundial. Aquel tratado le abrió a España las puertas de la modernidad y le reintegró al concierto mundial.

Esta mecanización agrícola arrinconó al arado romano y al carro tirado por caballerías, después de haber estado en uso más de dos mil años, siendo sustituidos por el moderno tractor, con sus correspondientes aperos que llevaba a cabo casi la totalidad de los trabajos agrícolas, con gran ahorro de tiempo y esfuerzo, y que hacían mucho más fácil y descansado el trabajo y la vida del hombre del campo, que siempre fue muy dura y sacrificada. En ese aspecto, la maquinaria agrícola había tenido un influjo benéfico y redentor del sector campesino, en general, y en particular el del campo de Elche. Tanto fue así, que en el espacio de pocos años, los agricultores ilicitanos compraron varios centenares de tractores, de mayor o menor tamaño, para cultivar sus tierras, con los aperos correspondientes para cada trabajo en concreto.

Pascual Campos no podía ser la excepción, y siguiendo la tónica general, se compró un tractor nuevo de tamaño medio.

Como unos meses antes se había comprado asimismo un automóvil marca Renault 6, se vio obligado a construirse una amplia cochera adosada a la casa, para poder aparcar el coche, el tractor, los aperos y un carro, ya inservible al haberse desprendido de la caballería que tiraba de él y labraba la tierra. Aquella construcción complementaria, no le supuso ningún problema, ya que entonces, construir en el campo era relativamente fácil. Desde esos momentos, cuando tenía que transportar géneros u otros objetos, utilizaba el remolque del tractor. De la misma manera, cuando tenía que desplazarse a la población o algún otro lugar, lo hacía en el coche, en detrimento de la bicicleta, que había sido su compañera inseparable durante muchos años, y que ahora, cada día la usaba menos.

Esta mecanización de la agricultura, vino acompañada de la transformación de los caminos, que paulatinamente, se iban asfaltando y convirtiendo en carreteras rurales, con lo que se transformaba, de una manera irreversible, la geografía agraria ilicitana, que iba cambiando de aspecto.

Por aquellos años, tanto los automóviles como la maquinaria agrícola, tenían unos precios relativamente baratos. Esto, unido a que la economía de los agricultores, en términos generales, era boyante y próspera, casi la totalidad del sector campesino, se pudo mecanizar y aprovechar los adelantos tecnológicos en provecho propio. De la misma manera, en las casas del campo, empezaron a verse televisores, neveras y otros electrodomésticos, pues casi la totalidad de las viviendas rurales estaban electrificadas. Estas circunstancias contribuyeron, sobremanera, a que la vida de los agricultores siempre tan árida y dura, empezara a ser más cómoda y fácil. Además, no es que en el campo corriera el dinero a manos llenas, ni mucho menos, pero lo cierto es que la mayoría de los campesinos, disponían de algunos ahorros que tenían a buen recaudo, gracias a que se sacaba algún dinero de las cosechas y al espíritu ahorrativo de los mismos, que salvo raras excepcio-

nes, solo se gastaban lo estrictamente necesario. Esto ahorros, en su inmensa mayoría, los tenían depositados en la Cooperativa del Campo de Elche, que llegó a tener en depósito muchos centenares de millones de pesetas del sector campesino.

La relativa prosperidad que gozaban los agricultores ilicitanos por aquellos tiempos, iba cambiando sus costumbres, sus comportamientos y su mentalidad, sobre todo los jóvenes, que se iban adaptando a otros hábitos de vida, muy distintos a los de sus padres. Gracias a estos cambios de mentalidad y a esta prosperidad económica, algunos jóvenes, hijos de agricultores, ya habían cursado estudios universitarios, cosa inaudita unas décadas antes. De esta manera, ya era fácil encontrar en el campo de Elche, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, economistas, etc., hijos de campesinos. Eran, por supuesto un pequeño porcentaje aun, dentro del colectivo, pero había que tenerlo en cuenta, como síntoma evidente de que la mentalidad de las gentes del campo, se iba transformando. Hasta mediados del presente siglo, los agricultores en su inmensa mayoría, pensaban que lo más natural y lógico era que los hijos continuaran profesionalmente, por los mismos derroteros de sus padres, y que esa cultura campesina ancestral, se fuera transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones en una continuidad inamovible. Tan arraigada estaba esa mentalidad de continuismo, que si algún joven sentía inclinaciones para el estudio, hasta se veía mal por las personas mayores, de mente más cerrada e inmovilista. En esos casos solían decir: *"Eixe, lo que li pasa es qu'es molt gandul i vol anarsen a estudiar per no treballar"*.

Por otra parte, para cursar estudios superiores había que trasladarse a uno centros universitarios bastante alejados y eso suponía unos gastos muy elevados, difíciles de soportar por las débiles economías de las familias campesinas. Estamos hablando de unos tiempos en que aun no existían becas y otra clase de ayudas para los estudiantes. Pero en la década de los

años setenta, las circunstancias ya no eran las mismas, ni tampoco la mentalidad de las gentes, que se iban abriendo, poco a poco, al futuro.

Tampoco eran las mismas las facilidades que se tenían para acceder a los estudios superiores, que antes solo estaban al alcance de un reducido grupo de familias de las poblaciones que disponían de más medios económicos.

El que los hijos de los agricultores tuvieran mayor acceso a los estudios superiores, y adquirieran desde la infancia, una mayor adición a los estudios fue consecuencia lógica, de que en la década de los sesenta, se habían construido escuelas primarias en todas las pedanías del campo de Elche, incluido Tierras Verdes, y la escolarización se generalizó en el campo, lo mismo que había ocurrido en la población. Incluso, había alguna partida rural que tenía dos grupos escolares.

Pascual Campos fue uno de los primeros agricultores ilicitanos que se dio cuenta de estas nuevas circunstancias en lo que a los estudios se refiere. Tanto fue así que su hijo mayor, tan pronto terminó con buenas notas la Educación General Básica, entró en el Instituto de la Asunción para hacer el Bachillerato, aunque no tenía muy claro lo que haría al terminar la Segunda Enseñanza. Pero aun le quedaban tres años para pensar el camino que seguiría si se decidía a cursar estudios superiores. Esa decisión tenía que meditarla mucho, pues en ella se jugaba su futuro profesional.

Al Instituto iba todos los días por la mañana en bicicletas. Y de la misma manera regresaba por la tarde al terminar sus clases diarias.

3

Esa mayor facilidad para acceder a los estudios y esa prosperidad económica, que tuvo su origen en los años de la postguerra, cuando por efectos de la escasez de materias alimenticias todos los productos que se cosechaban en el campo se vendían pronto y a buenos precios, unido a los cambios de mentalidad que se venían produciendo en las gentes campesinas, en función de la acelerada evolución que se venía produciendo en el conjunto de la sociedad, propició el que un gran porcentaje de los hijos de los agricultores ilicitanos, se fueran apartando, poco a poco, del camino que seguían sus padres, rompiendo en parte, esa continuidad profesional de la que hablábamos en el capítulo anterior. Y por lo tanto, esa cultura campesina que hasta entonces había sido un bloque compacto y sin fisuras, se fue agrietando paulatinamente, al cambiar el comportamiento de los jóvenes de los años setenta, que ya no pensaban ni sentían igual que los de las generaciones anteriores.

Hasta entonces, lo normal y corriente, era que los chicos

campesinos se casaran con las chicas campesinas de sus mismos entornos, (a ser posible, con bienes patrimoniales idénticos, dentro de un radio geográfico muy limitado, pues el vehículo más rápido de que disponían para desplazarse, a partir de la tercera década del presente siglo era la bicicleta). Y con la bicicleta no podían ir muy lejos, y menos aun antes, cuando los desplazamientos se hacían a pie.

Pero eso cambió radicalmente cuando se generalizó el uso de la motocicleta y después del automóvil, y por consiguiente, las distancias ya no eran un problema. A partir de esos instantes, el radio de acción de los chicos en busca de parejas, alejó mucho los límites y empezaron a aparearse sin tener en cuenta, para nada, la procedencia de la otra "media naranja" en perspectiva. Y lo que hasta entonces había estado mal visto, se convirtió en indiscutible y normal.

Esto cambios de mentalidad y de costumbres de los jóvenes campesinos de los años setenta, los padres al principio, lo aceptaron muy a regañadientes, pero al final, transigieron y tuvieron que asumirlo como una realidad irreversible, que se iba abriendo camino, de una manera imparable.

Por aquellos años, el "boom" de la industria del calzado en Elche, estaba en todo su apojeo y la población se había duplicado en el transcurso de los últimos veinte años, gracias a la fuerte inmigración de muchos miles de personas procedentes de Extremadura, Andalucía, La Mancha, Murcia, etc., que se habían trasladado a nuestra población, atraídos por el señuelo de un puesto de trabajo asegurado, del que carecían en sus lugares de origen, particularmente, en la industria del calzado o en la construcción. Esta fuerte inmigración, cambió radicalmente el panorama social, cultural y lingüístico de Elche, hasta el extremo de que la mitad de los residentes en nuestra población, eran castellano-parlantes. Seguramente, en ninguna otra ciudad de España, se produjo en aquellos años una expansión y crecimiento tan rápido y acelerado como el ex-

perimentado en Elche, gracias, sobre todo, a la industria zapatera que estaba experimentando un desarrollo sin precedentes, hasta el extremo de que cada día surgían nuevas industrias, más o menos grandes, unas legalizadas y otras clandestinas. Y al socaire de estas empresas industriales, que surgían por doquier, se crearon muchos puestos de trabajo directos e indirectos, así como complementarios, como eran representantes, técnicos, administrativos, repartidores, chóferes, etc.

Ese "boom" industrial también tuvo una gran incidencia y repercusión en las familias campesinas, ya que en la mayor parte de estas familias, había algún miembro femenino que se ocupaba como aparadora del calzado. Este trabajo de aparado, lo repartían por las casas de campo en furgonetas, unos intermediarios que tenían los fabricantes, que cobraban una comisión por su trabajo. De esta manera, las aparadoras no se movían de sus casas para nada y trabajaban en el aparado solo las horas que les dejaban libres los trabajos domésticos. Como estas aparadoras no estaban vinculadas a las empresas por ninguna relación laboral, les daban "faena" solamente cuando les sobraba. Por otra parte, al no figurar en plantilla, ni cotizaban por ellas a la Seguridad Social y se convertían en trabajadoras por cuenta ajena sin más derechos que el cobro del trabajo realizado a destajo en sus propios domicilios.

Por aquellos tiempos, procedentes de la industria, entraban en el campo de Elche, muchos millones de pesetas al año, en concepto de remuneración por el trabajo de aparado realizado por las mujeres campesinas.

Esto suponía unos ingresos complementarios a los percibidos por la agricultura y la ganadería. Por otra parte, estas mujeres, sobre todo las jóvenes, preferían realizar trabajos de aparado, dentro de las casas, que los trabajos agrícolas al intemperie, mucho más pesados y fatigosos.

De esa manera, desaparecieron del campo de Elche, las cuadrillas de mujeres que realizaban trabajos agrícolas por

cuenta ajena, como había ocurrido hasta la década de los años sesenta. Esas cuadrillas de mujeres, en cualquier época del año, formaban parte del paisaje rural ilicitano, segando alfalfa, en los meses de verano, cogiendo habas en invierno, cogiendo y abriendo ñoras en las eras, en los meses de agosto y septiembre, cogiendo granadas en octubre, etc. Esas estampas rurales habían desaparecido casi por completo en el campo de Elche y eran solo un recuerdo en la memoria colectiva de las gentes.

El campesinado ilicitano también recibía otros ingresos procedentes de la industria del calzado, como eran los alquileres que cobraban los agricultores a los fabricantes por los locales que ocupaban y habían instalado talleres y pequeñas factorías, en su mayor parte clandestinas. Corrales, cuadras, almacenes, cochiqueras abandonadas, cualquier local cubierto, previa una restauración y acondicionamiento, servía para montar una industria provisional para fabricar calzado o sus derivados.

De esta manera, se crearon multitud de industrias incipientes, a lo largo y ancho del campo de Elche, sin necesidad de realizar inversiones construyendo naves industriales. La inmensa mayoría de los operarios que trabajaban en estas pequeñas factorías, estaban cobrando el subsidio del paro o pertenecían a las plantillas de otras industrias legales y aquí solo hacían unas horas extraordinarias, al margen de su jornada normal en otra empresa. Algunas de estas industrias clandestinas se consolidaron y legalizaron después, pero la mayoría al cabo de un tiempo, desaparecían sin dejar rastro.

Los inspectores de Trabajo y Hacienda, (los Sindicatos miraban para otra parte y no se daban por enterados). tenían conocimiento de la existencia de estas industrias clandestinas, pero apenas intervenían para erradicarlas, aunque de cuando en cuando, se personaban en algunas de ellas y levantaban acta de las infracciones cometidas, imponiéndoles una sanción económica. Pero después, todo continuaba igual. Lo que solía ocurrir en estos casos es que la razón social cambiaba de

titularidad, con nombres diferentes, aunque los dueños fueran los mismos.

El creciente desarrollo industrial que se produjo en Elche en aquellos tiempos, generó en nuestra ciudad una clase media acomodada que demandaba mayores comodidades y más elevado nivel de vida. En ese sentido, ya les apetecía construirse una segunda vivienda en el campo, para pasar los fines de semana y las vacaciones. Incluso, algunas de estas familias, vivían en el campo permanentemente, sin los agobios de la falta de espacio para aparcar los coches en las calles, siempre saturadas de vehículos, y sin ruidos ni poluciones ambientales, que hacen la vida tan incómoda en las grandes poblaciones. Fue aquella la época en que se puso de moda la compra de "parcelas", entendidas como pequeñas propiedades rústicas, que se adquirían exprofeso para edificar en ellas, lo que empezó a llamarse "chalets". Estos conceptos, parcela y chalet, entraron a formar parte del lenguaje coloquial de las gentes, como vocablos nuevos, que de pronto, tomaron carta de naturaleza. Incluso, los propios agricultores, asimilaron estos vocablos y si querían construirse una vivienda nueva no decían "vulle ferme una casa", como habían dicho siempre, sino "vull construirme un chalet". Y no solo había cambiado el nombre o el concepto, sino también la propia estructura de la vivienda, abandonando el estilo arquitectónico tan característico que siempre tuvieron las viviendas rurales en el campo de Elche, para hacer otra clase de viviendas estructuradas de una manera muy diferente a la habitual.

Estos nuevos "chalets", casi siempre se construían al gusto del arquitecto que diseñaba el proyecto, más que al gusto de la familia que tenía que vivir en ellos, que en la mayoría de los casos, no tenían muy claro el diseño de la vivienda que querían construir, dejándolo en manos del arquitecto, que lo diseñaba a su gusto.

Estas "parcelas" que se adquirían por gentes de la pobla-

ción, para edificar en ellas, solían tener una superficie entre los dos mil y los cinco mil metros cuadrados. Como entonces, con arreglo a la Ley del suelo, en terreno rústico, solo se podían edificar viviendas rurales, a partir de un mínimo de dos mil metros cuadrados, que es la unidad agrícola, cuando el Ayuntamiento extendía esas licencias de obra, figuraba que lo que se iba a construir era un "albergue rural", sin otra consideración. Así, bajo ese eufemismo, se construyeron en el campo de Elche, hasta finales de la década de los años ochenta, más de mil "chalets" a lo largo y ancho de la geografía agraria ilicitana.

Esta demanda desmesurada de suelo edificable en el campo de Elche, propició una alza acelerada en el precio de la tierra, no para cultivarla, que en ese aspecto tenía menos demanda, sino para edificar nuevas viviendas. De esta manera, en el espacio de pocos años, se vendieron en el campo de Elche, miles de "parcelas", de mayor o menor superficie, atendiendo la gran demanda que hubo por aquellos tiempos.

Generalmente estas "parcelas", con mayor o menor superficie para construir "chalets", solían cercarlas sus dueños para aislarse de sus vecinos, como compartimentos estancos, con su pequeño jardín, su cochera y su piscina. De este modo, las estructuras agrarias tradicionales, sufrieron una profunda transformación, respecto a lo que habían sido en los pasados tiempos. Y las casas de campo de los auténticos agricultores, se quedaron en minoría, dentro del maremagnum de "chalets" de nueva construcción. Además de esta multitud de "chalets" diseminados, se formaron algunas urbanizaciones en pleno campo, como fueron por ejemplo, las de Valverde, Bonavista, Algoda, Matola y otras, con servicios comunitarios. Y como consecuencia de todo ello, el campo de Elche, fue perdiendo, poco a poco, su ruralidad específica, para convertirse, más que nada, en semiurbano. En ese mismo sentido, esa tupida red de caminos rurales que, en un principio trazaron los romanos, cuando

llevaron a cabo la centuriación, hace dos mil años, se fueron ampliando y convirtiéndose en carreteras asfaltadas, en consonancia con lo que demandaba el incremento del parque automovilístico, que iba desbordando todas las previsiones.

Con el incremento que experimentó el precio de la tierra, en función de su mayor demanda, aumentó sobremanera, el patrimonio de los agricultores a la hora de solicitar un préstamo a una entidad bancaria.

Por otra parte, cuando un agricultor no disponía de dinero en efectivo para satisfacer cualquier necesidad familiar, como podía ser construir una vivienda para un hijo, vendía a un buen precio una "parcela" de tierra y solucionaba su papeleta, con sus propios medios, sin tener que recurrir a un banco o una caja de ahorros, con el consiguiente ahorro de intereses y otros gastos.

Aquellos años de relativa prosperidad campesina, trajeron consigo la restauración de muchas viviendas rurales, que construyeron los padres de los agricultores que ahora estaban en activo. Y en esas restauraciones, se introdujeron muchas mejoras, que hasta entonces no habían tenido, como eran por ejemplo, cuartos de baño, cocinas de gas o eléctricas y también agua corriente para usos domésticos. Estas viviendas remozadas, lógicamente, eran más cómodas y habitables que lo fueron antes de la restauración. Incluso, en algunos casos, cambiaban hasta el mobiliario, que ya estaba envejecido, después de muchos años de uso.

Primero, con la mecanización de la agricultura, a partir de la década de los años sesenta, los campesinos ahorraban tiempo y esfuerzo en la realización de los trabajos agrícolas. Y posteriormente, con la restauración de su viviendas y la construcción de otras nuevas, de estilo modernista, mejoraron mucho su habitat, o lo que es lo mismo, sus condiciones de vida, que siempre habían sido un tanto difíciles y duras. Lo de trabajar "de sol a sol", como lo habían hecho siempre, en traba-

jos manuales, pesados y fatigosos, había pasado a la historia. Ahora todo era más fácil y sencillo, gracias a la mecanización y a los adelantos tecnológicos que también habían llegado al campo y habían liberado al sector campesino de mucha "esclavitud" del pasado.

Pascual Campos, fue uno de tantos agricultores ilicitanos que vendieron una "parcela" de tierra para mejorar su situación económica familiar. En este caso, se trataba de una finca rústica de unas diez tahullas de "tierras blancas" con algunos árboles, que tenía su esposa un tanto alejada de su vivienda. Y con su importe, compró el tractor y restauró la vivienda familiar.

Los compradores de esta finca, fueron tres amigos que trabajaban juntos, como socios, en una pequeña industria zapatera, que crearon, en sociedad, unos años antes. La finca la dividieron en tres partes iguales, y en cada una de estas partes se construyeron sendos "chalets", como segunda vivienda. Después verjaron, comunitariamente toda la propiedad, y en la entrada común pusieron una puerta de hierro, por donde entraban las tres familias. De esta manera, además de socios en la empresa, se convirtieron también en vecinos en sus viviendas campestres que, curiosamente, eran de las mismas características arquitectónicas, como si estuvieran cortadas por el mismo patrón. Se ve que tenían los mismos gustos y las mismas afinidades, como quedó demostrado con estos comportamientos.

4

La relativa prosperidad que gozó la agricultura ilicitana durante varias décadas, alcanzó su mayor relieve en los primeros años de la década de los ochenta. En aquellos tiempos, el campo de Elche era un auténtico vergel que rebozaba verdor y lozanía por todas partes. La totalidad de las tierras ilicitanas estaban correctamente cultivadas y aproximadamente el 50% de los terrenos cultivables estaban plantados de arbolados de diversas especies y la otra mitad eran tierras "blancas" que se dedicaban a la producción de cereales, tubérculos, hortalizas, verduras o cultivos herbáceos que se cosechaban durante todos los meses del año. Esta gran variedad de cultivos propiciaba el que los agricultores ilicitanos tuvieran cosechas, y por consiguiente, recibieran ingresos, en todos los meses del año, en mayor o menor cuantía, como producto de su trabajo diario.

Para tener una idea aproximada de lo que fue la agricultura ilicitana en la época de máximo esplendor, transcribimos a continuación, literalmente, los datos aportados por la Cámara

Agraria Local, pertenecientes al año 1985, en lo que a cultivos se refiere, y a la superficie total del término municipal. También reseñamos el número de tractores y otra clase de maquinaria agrícola que había censada en la mencionada Cámara Agrícola.

Superficie total del término municipal de Elche ..... 32.578 hect.

Superficie cultivable de regadío	18.809 hect.
Superficie cultivable de secano	1.524 hect.
Total cultivable	20.333 hect.
Superficie no cultivable.	
Terreno forestal (monte maderable, abierto y leñoso)	5.946 hect.
Eriales y terrenos de pastos	1.128 hect.
Espartizal y terreno improductivo	3.322 hect.
Superficie no agrícola	1.266 hect.
Ríos, barrancos y lagos	1.583 hect.
Superficie total no cultivable	12.245 hect.
Superfice cultivable	20.333 hect.
Superficie no cultivable	12.245 hect.
Total	32.578 hect.

CULTIVOS ARBOREOS

Almendros	6.156 hectáreas
Limoneros	1.433 hectáreas
Naranjos	568 hectáreas
Granados	647 hectáreas
Parrales uva de mesa	762 hectáreas
Olivos	112 hectáreas
Algarrobos	241 hectáreas
Perales	224 hectáreas
Mandarinos	14 hectáreas
Viñedo de vinificación	90 hectáreas

Melocotoneros	68 hectáreas
Nísperos	55 hectáreas
Manzanos	41 hectáreas
Ciruelos	43 hectáreas
Higueras	237 hectáreas
Palmeras agrupadas en huertos	460 hectáreas
Total cultivo arbóreos	11.485 hectáreas

CULTIVOS HORTÍCOLAS Y HERBACEOS

Algodón	1.270 hectáreas
Alcachofas	843 hectáreas
Alfalfa	472 hectáreas
Habas verdes	274 hectáreas
Pimiento para pimentón	254 hectáreas
Patatas tempranas	302 hectáreas
Patatas tardías	124 hectáreas
Tomates	283 hectáreas
Melones	242 hectáreas
Calabazas y calabacines	87 hectáreas
Pepinos	42 hectáreas
Cebollas	84 hectáreas
Trigo	56 hectáreas
Cebada	17 hectáreas
Plantas ornamentales	47 hectáreas
Claveles	9 hectáreas
Rosas	9 hectáreas
Otras flores	24 hectáreas
Pimientos	2 hectáreas
Zanahorias	1 hectáreas
Rábanos	1 hectáreas
Nabos	2 hectáreas
Judías verdes	4 hectáreas
Otras hortalizas	9 hectáreas
Total cultivos hortícolas	6.607 hectáreas

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

MAQUINARIA AGRÍCOLA

Tractores de ruedas de menos de 25 CV	687
Tractores de ruedas de 25 CV a 59 CV	371
Tractores de ruedas de 60 CV a 79 CV	57
Tractores de cadenas	5
Motores de explosión para riego	34
Subsoladores	34
Arados de vertedera de discos	4.025
Fresadoras	423
Cultivadoras	415
Pulverizadores y espolvoreadores	407
Remolques para tractores	515
Trilladoras	12
Segadoras-agavilladoras y atadoras	8
Carros agrícolos	12
Recogedoras de mazorcas	4
Molinos de piensos	3
Ordeñadoras mecánicas	9
Número total de maquinarias y aperos agrícolas	7.018

MUSEO ESCOLAR

La gran cantidad de tractores y de otras variedades de maquinaria agrícola que se detallan en la anterior relación, nos demuestra claramente, que la agricultura ilicitana de aquella época, tenía un alto grado de mecanización y que los agricultores del campo de Elche habían apostado por la modernización de sus explotaciones agrarias. Por otra parte, nos demuestran también que si el campesino ilicitano había invertido tantos millones de pesetas en la compra de maquinaria agrícola, era prueba evidente de que su situación económica era un tanto boyante y próspera.

En consonancia con esa relativa prosperidad de la agricultura ilicitana y la abundancia de cosechas que se obtenían en aquellos tiempos, surgieron varias entidades comunitarias para comercializar todos estos productos, además de los mu-

chos comerciantes particulares que habían a lo largo y ancho del campo de Elche. Por esas razones nacieron Cambaya, el Grupo de Maitino, junto a la carretera que va desde Elche al Altet y Agrodelx, junto al Camino Viejo de Alicante.

Estas tres entidades agrícolas se encargaban, entre otras cosas, de comercializar comunitariamente, los productos cosechados por sus socios, tanto a los mercados nacionales como a los extranjeros, ya que tenían también la condición de exportadores para los mercados de allende las fronteras. De esa manera, estas entidades comercializaban grandes cantidades de granadas, alcachofas, tomates, uva de mesa, brevas, limones, naranjas, etc. Lo que suponía para sus socios unos ingresos brutos de muchos millones de pesetas al año, sin contar lo que comercializaban las firmas particulares que tenían también una gran actividad comercial.

Además de las entidades reseñadas, y por encima de todas ellas, por el número de socios que tenía y por el volumen de los productos agrarios comercializados, figuraba, como número uno, la Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche, la entidad agrícola de más solera y más raigambre del término municipal de Elche, ya que fue creada en 1903, como Caja de Préstamos y Ahorros del Campo de Elche. En 1919, al unirse al Sindicato Agrícola Ilicitano, amplió sus actividades y prestaba toda clase de servicios a sus socios, como maquinaria agrícola para cultivar la tierra y trillar las mieses, venta de abonos y semillas, comercialización de productos agrarios en la Lonja Municipal de Frutas y Verduras, etc.

Pero en esos años de máximo esplendor, los socios de la Cooperativa empezaron a pedir nuevos servicios, y no solo relacionados con el cultivo de la tierra, sino también en lo concerniente a la comercialización y transformación de los productos cosechados. "Casi obligada" por estas peticiones de la masa social, la Cooperativa montó dos secadores de ñoras para el pimentón, varios silos para almacenar cereales, una

báscula para pesar camiones y compró una fábrica de piensos compuestos y estuvo a punto de montar una descascaradora de almendras, que también pidieron los socios, aunque al final desecharon la idea.

La Cooperativa, además de las naves y almacenes que construyó junto al Molino del Chocolate, tenía también puntos de venta de productos y enseres que precisaban sus socios para el mejor funcionamiento de sus explotaciones agrarias y ganaderas, en el Llano de San José, Algoda, La Hoya, Valverde y La Marina, todos en edificios propios, para que su masa social dispersa por todo el campo de Elche, no tuviera que realizar grandes desplazamientos para poder abastecerse de todo lo necesario para el cultivo de sus tierras.

Como esta época de euforia y prosperidad del campo de Elche, coincidió con la transición política a la democracia, que dio pie a la legalización de todos los partidos políticos y de los sindicatos reivindicativos, al socaire de esta nueva situación política y social, se crearon las Cámaras Agrarias Provinciales y locales, ocupando el hueco dejado por las Hermandades Sindicales de Agricultores y Ganaderos y los Sindicatos Agrarios. En lo que al campo de Elche se refiere, surgió la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, que junto con la Unió de Llauradors i Ramaders del País Valencià, presentaron sendas candidaturas a la Cámara Agraria Local, cuando en mayo de 1978 se celebraron elecciones para constituir los Organos Rectores de estas entidades de derecho público. De los doce vocalias a elegir, la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos consiguió 9 y los tres restantes fueron para la candidatura de la Unió. Después de largos años de abstinencia partici-pativa, los agricultores ilicitanos se volcaron en las elecciones a la Cámara Agraria y se apuntaron masivamente a la Asociación Local, que dos años después de su legalización, llegó a tener casi un millar de socios de todos los rincones del campo de Elche. El primer Presidente de la Cá-

mara Agraria Local fue Leandro Brú Jaen y el primer Presidente de la Asociación de Agricultores y Ganaderos Vicente Martínez Irles, siendo su primer secretario Baltasar Brotóns García. Aunque los cargos electos para la Cámara Agraria, tenían una vigencia de cuatro años, estuvieron al frente de la misma más de quince años, es decir, hasta que legalmente desaparecieron, ya que jamás se celebraron nuevas elecciones para tal fin.

La Cooperativa del Campo de Elche, además de suministrar a los miles de socios que tenía todo lo que precisaban para el cultivo de sus tierras y de comercializar la mayor parte de sus productos cosechados, era también receptora de la mayoría de sus ahorros, como lo demuestra el hecho de que por aquellos tiempos, llegó a tener varios centenares de millones de pesetas en depósitos a plazo fijo, procedentes del campesinado ilicitano, en su Sección de Préstamos y Ahorros. Tal era el grado de confianza que tenían en sus directivos, que al fin y al cabo, eran sencillos agricultores, como lo era su masa social.

Como no podía ser menos, Pascual Campos, comercializaba también sus productos agrarios a través de "Coopelche", y sus pequeños ahorros los tenía igualmente en una libreta en la Cooperativa. Al fin y al cabo, era uno más de los varios miles de agricultores ilicitanos que vivían exclusivamente del producto de su trabajo diario, y que iban a la Cooperativa del Campo de Elche y todas sus dependencias, como si fueran a su propia casa, lo mismo que lo habían hecho sus padres y sus abuelos.

De la misma manera, se inscribió desde un principio, en la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, siendo un socio modélico y ejemplar, que aportaba ideas constructivas para la buena marcha de la entidad, asistiendo a todas las Asambleas Generales que se celebrasen.

En varias ocasiones se le insinuó que se presentase para desempeñar algún cargo directivo en la Junta Rectora, por entender que podría aportar ideas útiles para el buen funcio-

namiento de la misma. Pero él no quiso nunca aceptar esta sugerencia, pues no le gustaba el protagonismo, argumentando que desde fuera de la Junta Directiva también podría serle útil a la entidad. Pagaba religiosamente sus cuotas y gestionaba todas sus cosas a través de los servicios que ofrecía la Asociación a todos sus miembros.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

5

En el campo de Elche, hubo ganadería de pastoreo desde tiempo inmemorial. Tanto en Balsallarguera, que era tierra de propios, hasta su colonización a mediados del siglo XVIII, como en el norte del término municipal, había grandes extensiones de pastizales que se aprovechaban para alimentar los rebaños de ovejas y de cabras, más de las primeras que de las segundas. Después, cuando se establecieron los Concejos de la Mesta, en el siglo XV, se trazaron algunas veredas, dentro del término municipal, por donde transitaban los rebaños trashumantes que bajaban a invernar, desde las frías tierras del Bajo Aragón. También venían rebaños de la parte de Valencia, y según los testimonios de las actas del Ayuntamiento, en algunas ocasiones se producían rozaduras y cuestiones entre los ganaderos locales y los ganaderos valencianos, por cuestión de los aprovechamientos de los pastos, teniendo que intervenir las autoridades locales, imponiendo algunas sanciones, por los abusos cometidos por los ganaderos forasteros.

Más recientemente, y durante mucho tiempo, hubo en Elche un colectivo de ganaderos que no estaban vinculados a la agricultura, en su actividad profesional. Eran personas que tenían un rebaño de ovejas con algunas cabras y carecían de tierras propias, y por consiguiente, de pastos. En estos casos, lo que solían hacer, para alimentar su ganado, era arrendar los pastos de las tierras de los agricultores. Estos arrendamientos los pagaban en dinero en efectivo o con una determinada cantidad de estiércol producido por su propio rebaño.

Entre los agricultores y los ganaderos, hubo siempre una cierta tirantez y muchos contenciosos, ya que los primeros acusaban a los segundos de que sus rebaños cometían muchas tropelías en sus sembrados y cosechas. Y eso no ocurría solamente en el campo de Elche, sino también en todo el territorio español. Esa tirantez, entre los dos colectivos, llegó a tal extremo, que el Gobierno Español tuvo que tomar cartas en el asunto, para que las cosas no pasarán a mayores. Así las cosas, el 24 de julio de 1898, promulgó una Ley, cuyo principal objetivo consistía en la creación de Comunidades de Labradores que pondrían en pie Guarderías Rurales que se encargarían de vigilar los campos y proteger propiedades y cosechas de los abusos de los ganaderos.

Elche fue uno de los primeros pueblos de España, que haciéndose eco de los preceptos de la mencionada Ley, creó su propia Comunidad de Labradores, que se legalizó el 24 de junio de 1900. Acto seguido, puso en pie una Guardería Rural compuesta por veinte guardias y un cabo, que empezaron a prestar servicios dos meses después, concretamente el 13 de agosto del mismo año.

Con la creación de estas Guarderías Rurales, se puso coto a los desmanes de los ganaderos que gozaban de una cierta impunidad al amparo de los Concejos de la mesta, que a partir de la publicación de esta Ley, creían recortada su prepotencia, aunque en el campo de Elche, los ganaderos siempre fueron

minoría, en comparación con el colectivo de agricultores, que en todo tiempo fueron más numerosos.

Después de la Guerra Civil Española, cuando en 1953, el Régimen Político de Franco firmó un convenio de colaboración y de ayuda con los Estados Unidos de América, estos entre otras cosas, trajeron a España las fórmulas de los piensos compuestos para la nutrición de las diferentes especies de animales domésticos, productores de carne y de leche de nuestro país, que hasta entonces se habían alimentado con piensos simples y naturales. La aparición de los piensos compuestos, supuso una verdadera revolución en la alimentación de la ganadería española, y propició que la cabaña nacional se incrementara sobremanera en el espacio de pocos años abasteciendo de carne y de leche todas las necesidades de los españoles que habían pasado más de quince años adoleciendo de estos dos productos tan fundamentales en la alimentación de las personas. Por fin, se había producido un equilibrio entre la oferta y la demanda de productos alimenticios, cubriendo las deficiencias padecidas durante largos años de escasez.

En lo que al campo de Elche se refiere, a partir de mediados de la década de los años cincuenta, la inmensa mayoría de las familias campesinas, tenían, en mayor o menor cantidad, alguna clase de ganado en casa, preferentemente, de cerda, aunque algunas tenían también vacas lecheras, terneros para engorde, gallinas ponedoras, etc. Pero lo que más abundaba eran las granjas de cerdos, tanto de engorde como reproductoras, hasta el extremo de que en el espacio de poco tiempo, la mayoría de los campesinos ilicitanos habían adquirido la doble condición de agricultores y ganaderos al mismo tiempo, cosa que no había ocurrido nunca hasta entonces. De la noche a la mañana, la ganadería se había convertido en una ocupación complementaria de la agricultura.

Para alimentar a toda esta cabaña ilicitana, entraban todos los días en el campo de Elche, centenares de toneladas de pien-

sos compuestos, procedentes de Cartagena, de Valencia, de Cataluña, etc. Vistas estas necesidades, dentro del término municipal de Elche, se montaron dos fábricas de piensos compuestos, una de capital privado y la otra por el sistema de cooperativa. La de capital privado se llamaba LEPSA, (Levantina de Piensos, S.A.) y la Cooperativa AGRUPOR, (Agrupación de Ganaderos de Porcino). Estas dos entidades trabajaron a pleno rendimiento más de veinte años, para poder abastecer la gran demanda de piensos compuestos que había en todas partes, durante aquel florecimiento de la ganadería.

Después de la Guerra Civil Española, nuestro país se quedó empobrecido y depauperado. Este empobrecimiento se acentuó mucho más aun, como consecuencia del aislamiento internacional a que se le sometió después, durante quince años, por motivaciones políticas. Durante este largo período de tiempo, todos los productos alimenticios estaban estrictamente racionados y se carecía de casi todo, para una alimentación óptima y correcta. Por consiguiente, todo lo que se producía en el campo de Elche que fuera comestible, (cereales, carne, leche, frutas, verduras, etc.) se vendía pronto y a buenos precios. A pesar de algunas restricciones y carencias, fue la época más próspera del campesinado español en general, y en particular del ilicitano. La cuestión era producir algo que fuera comestible, para que se vendiera de inmediato, por la gran demanda que había de todos los productos agrarios. Pero a partir del tratado hispano-americano, España dejó de estar aislada del comercio internacional y se restablecieron las relaciones diplomáticas y comerciales con todo el mundo, excepto con Méjico, que no quiso saber nada con el Régimen Franquista, manteniéndose así hasta que llegó la transición democrática.

De esta manera, se fueron terminando las carencias poco a poco y el abastecimiento de productos alimenticios se nor-

malizó por completo. Y con la abundancia, bajaron los precios de los alimentos, incluidos la carne y la leche, en función de la Ley de la oferta y la demanda. Y esta bajada de la carne y de la leche coincidió con la subida de los precios de los piensos compuestos, a causa de la subida de algunos elementos de importación como era el caso de los correctores y la harina de soja que se importaba de los Estados Unidos. De esta manera, en poco tiempo, pasó la ganadería de ser una actividad rentable a ser un negocio ruinoso. El "boom" ganadero en Elche había hecho crisis de una manera irreversible.

Así las cosas, los agricultores ilicitanos, poco a poco, fueron desprendiéndose de las vacas lecheras, de los novillos, de las cerdas reproductoras, de las granjas de gallinas, etc. Desde esos momentos, volvían a ser solamente agricultores, como lo habían sido siempre, abandonando por completo la actividad ganadera, salvo raras excepciones.

Esta decadencia de la ganadería, lógicamente, afectó también a las fábricas de piensos compuestos, hasta el extremo de que LEPSA tuvo que cerrar sus puertas, cesando en su actividad y AGRUPOR hizo suspensión de pagos.

Para albergar toda esta cabaña, durante más de veinte años de gran actividad, se construyeron en el campo de Elche multitud de corrales, cuadras, cochiqueras, exprofeso para estos menesteres. Pero al cesar las actividades ganaderas, todas estas construcciones quedaron inservibles, siendo derruidas o restauradas para dedicarlas a otros menesteres o necesidades.

Pasado ese "boom" ganadero que solo duró unos años, la ganadería ilicitana volvió a sus cauces tradicionales, a lo que había sido siempre, es decir, a los rebaños de pastoreo de cabras y de ovejas. Esta clase de ganadería también perdió parte de su rentabilidad, y si no desapareció por completo fue por las ayudas y subvenciones que recibe de la Unión Europea, desde los finales de los años ochenta. En la actualidad, en el

campo de Elche quedan alrededor de un centenar de rebaños de estas características, con una media de un centenar de cabezas cada uno. Si las ayudas de la Unión Europea cesan en cualquier momento, estos residuos de la ganadería ilicitana desaparecerán también o quedarán reducidos a la mínima expresión.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

6

Cuando se inició la mecanización de la agricultura, en la década de los años sesenta, y se pasó del arado al tractor, los agricultores ilicitanos empezaron a modificar las estructuras agrarias, agrandando los bancales para cultivarlos mejor mecánicamente, nivelando las tierras, entubando los cauces de riego, etc. Y entonces se encontraron en que muchas palmeras diseminadas que habían nacido y proliferado por todas partes, constituían un estorbo para llevar a cabo esa necesaria reestructuración que demandaban las nuevas circunstancias, y no sabían que hacer de ellas.

Puesto que por aquellos tiempos ya se había normalizado la situación alimenticia, y por consiguiente, existía abundancia de frutas frescas durante todos los meses del año, los dátiles como alimento de las personas, y como pienso para los animales domésticos, se habían depreciado mucho y apenas tenían valor comercial. Además de esto, la palma verde para fabricar escobas y otros enseres domésticos, había sido desplazada por las fibras sintéticas y por los plásticos, como ocu-

rrió también con otras fibras naturales, como fueron el cáñamo, la pita, el yute, etc. En una palabra, las palmeras datileras, los árboles más emblemáticos de Elche, cuyos productos habían tenido siempre una gran utilidad y aprovechamiento y, por consiguiente una gran rentabilidad, de la noche a la mañana, dejaran de tenerla, al mismo tiempo que los costes de cultivo se incrementaron desmesuradamente, sobre todo la mano de obra, ya que los jornales dels "munyors", siempre fueron tres veces más caros que los sueldos que se pagaba por los demás trabajos agrícolas.

Así las cosas, las palmeras diseminadas, que hasta entonces habían sido queridas y respetadas por su rentabilidad, pasaron a ser un estorbo y un inconveniente en las explotaciones agrarias que se trataban de modernizar. Por lo tanto, los agricultores, en una gran mayoría, trataron de desprenderse de ellas por cualquier procedimiento, y obtaron por arrancarlas y enterrarlas en zanjas de un metro de profundidad, hechas por ellos mismos. De esa manera, desaparecieron del campo de Elche muchos centenares de palmeras en el espacio de pocos años. Después, el valor comercial que habían perdido como árboles agrícolas, lo ganaron con creces como árboles ornamentales, para adornar parques y jardines de muchos pueblos y lugares de la costa mediterránea que se mostraban interesados en adquirirlas. Y al socaire de esta demanda, surgieron una serie de personas, llamadas "viveristas", que se dedicaban a comercializar palmeras y otras variedades de árboles y plantas ornamentales, para satisfacer la demanda de un mercado cada día más amplio y más rentable. Estos "viveristas" en un principio, arrancaban las palmeras y se las llevaban sin darles nada a los agricultores, que por lo menos, se ahorraban el trabajo de arrancarlas y enterrarlas a su costa, como habían hecho hasta entonces. Más adelante, como la demanda aumentaba, ya les pedían algún dinero por ellas, precio que se fue incrementando de año en año, a medida que aumentaba la

demanda y los beneficios de los "viveristas". Estas palmeras, con el paso de los años y para estos fines, llegaron a pagarse hasta cien mil pesetas cada una, si tenían unas medidas entre cuatro y seis metros. Y si tenían varios brazos, el precio se incrementaba enormemente, por tener mayor valor ornamental.

En un principio, la mayoría de los agricultores que arrancaban palmeras, enterrándolas o cobrando algún dinero por ellas, ignoraban que desde marzo de 1933 existía una Ley que declaraba que las palmeras datileras del término municipal de Elche y su conservación, se consideraba de interés social y por consiguiente, estaba terminantemente prohibido su "tala", estableciéndose unas sanciones económicas para los que lo hicieran sin la autorización pertinente. Incluso, su desatención y malcultivo, se consideraba un hecho castigable legalmente.

Esta Ley, (era un simple Decreto muy breve, ya que solo tenía seis artículos) fue complementándose con el paso de los años. De esta manera, el 28 de marzo de 1942, mediante una Orden Ministerial, se creó el Patronato de los Palmerales de Elche, cuyo Presidente Nato era el Ministro de Agricultura, (entonces, las palmeras se consideraban un bien agrícola), dependiente del Ministerio correspondiente. El 27 de julio de 1943, se declararon los Palmerales de Elche, Jardín Artístico Nacional, y el 28 de octubre de 1967 se incluyeron las palmeras en las especies arbóreas de protección forestal. Más adelante, en la Ordenación de Palmerales que redactó el Ayuntamiento en 1972, se decía explícitamente, que arrancar una palmera (el vocablo "talar" había desaparecido), se consideraba una infracción urbanística, que llevaba aparejada una fuerte sanción económica. Al año siguiente, concretamente, el 26 de febrero de 1973, se reestructuró el Patronato de los Palmerales de Elche, aunque el Presidente continuaba siendo el mismo Ministro, creándose al mismo tiempo, la Junta Local Gestora, dependiente del mismo, para velar in situ, por el cumplimiento estricto de las normas legales establecidas alrededor de nuestros palmerales sujetos a protección.

Y de buenas a primeras, los agricultores ilicitanos se encontraron en posesión de unas palmeras que como árboles agrícolas habían perdido la rentabilidad que habían tenido siempre, y por eso habían proliferado tanto, y que no podían disponer de ellas a su libre albedrío, porque existían unas normas legales que se lo impedían. Pero lo más grave del caso era que estas normas legales, de una manera tangencial, contemplaban unas ayudas y subvenciones que compensaban, aunque solo fuera en parte, esas limitaciones a su su libre disponibilidad que el imponían las normas protectoras, y esas ayudas y subvenciones no se aplicaban en modo alguno.

Y como consecuencia de toda esta problemática, se generó una gran crispación entre el Ayuntamiento por una parte y los agricultores por otra, que continuaban arrancando palmeras, a pesar de las sanciones que les imponía el Ayuntamiento por tal motivo, y que solo se aplicaba la Ley en la parte punitiva y sancionadora, y no en lo que a subvenciones y ayudas se refiere. Y se estableció un crispante tira y afloja entre las dos partes enfrentadas, que lo único que consiguieron fue que las palmeras en el campo de Elche, fueran disminuyendo de una manera alarmante y significativa de año en año.

Así las cosas, en abril de 1979, se celebraron elecciones municipales y se estableció en el Ayuntamiento la primera Corporación Municipal Democrática, con mayoría absoluta del Partido Socialista, siendo elegido Alcalde Ramón Pastor Castell, que encabezaba dicha candidatura.

Desde un principio, la nueva Corporación Municipal, implantó unas normas más restrictivas en lo concerniente a la edificación en el campo, prohibiendo taxativamente, la construcción de "albergues rurales", en pequeñas parcelas de tierra, como había ocurrido con tanta profusión en los años anteriores, alegando que si no se ponían trabas en esta edificación masiva en terreno rústico, el campo de Elche se quedaría sin tierra cultivable para producir productos alimenticios.

El Concejal de Urbanismo de este primer Ayuntamiento Democrático, fue José Rodríguez Esquitino, que quiso tener reuniones con los agricultores para explicarles que lo que quería hacer el Ayuntamiento, restringiendo la edificación en el campo, lo hacía en su propio beneficio, criterio que la mayoría de los agricultores no compartía en modo alguno, sino todo lo contrario. Por este motivo, estas reuniones fueron un tanto crispadas. Pero la mayor tensión se produjo en La Hoya, hasta el extremo de que intentaron agredirle, cosa que se pudo evitar por la actitud pacificadora de algunos asistentes a la reunión, entre los que se encontraba Pascual Campos, que se interpuso entre el Concejal y los más alborotadores, evitando que las cosas llegaran a mayores. Desde luego, lo ocurrido en La Hoya fue una cosa lamentable y sintomática del divorcio evidente que se había producido entre el Ayuntamiento de Elche y una parte importante del campesinado ilicitano, que se sentía incomprendido y perjudicado en sus intereses particulares.

La protesta del campesinado ilicitano hacia el Ayuntamiento, en lo referente a la problemática de los palmerales, se manifestó claramente durante las Fiestas Patronales del mes de agosto. Un acto de los más participativos y populares de estas fiestas, es el Desfile de la Charanga. En esta manifestación lúdica, intervienen la mayoría de las Comisiones de Fiestas de la Población y del campo, en plan humorístico y crítico, sobre todas las cuestiones y hechos que han causado impacto en la sociedad ilicitana de los meses anteriores. Pues bien. La Comisión de Fiestas de las partidas rurales de Algorós-Derramador, escenificó "El entierro de la Palmera", consistente en llevar a hombros un féretro negro en el que se suponía que contenía una palmera muerta en su interior, para su enterramiento. Tanto los cuatro hombres que llevaban el féretro a hombros como las personas que acompañaban el entierro, iban vestidos de riguroso luto. Los acompañantes, además llevaban velas encendidas, en prueba de tristeza y contrición. Esta

escenificación fue muy celebrada, hasta el extremo de concederle el primer premio por los medios de comunicación, por su originalidad y contenido crítico.

Lógicamente, "El entierro de la Palmera", se refería al deterioro que estaban experimentando los Palmerales de Elche, a causa de la política equivocada que estaba llevando a cabo el Ayuntamiento, (para los agricultores del campo de Elche, Ayuntamiento y Patronato de los Palmerales era todo la misma cosa, puesto que las sanciones las imponía el Ayuntamiento y no el Patronato, como sería lo lógico. De que las cosas ocurrieran así, era por la sencilla razón de que el Patronato de los Palmerales de Elche, en la práctica no existía para nada), en un tema que la Corporación Municipal consideraba como cosa propia en exclusividad, sin más consideraciones.

Esta tirantez entre el Ayuntamiento y el campesinado, duró varios años, por un problema viejo que ya se venía arrastrando desde hacía algún tiempo, relacionado con la conservación de los palmerales, y otro nuevo surgido con la primera Corporación Municipal Democrática, en lo referente a la edificación en el campo. Y si en las fiestas de 1981, salió a relucir como protesta, "El Entierro de la Palmera", en las del año siguiente, las Comisiones de Fiestas campesinas, se negaron en redondo a participar en "La Charanga", hasta el extremo de no aportar ningún tractor para arrastrar las carrozas que tomaban parte en esta manifestación festiva. Ante esta negativa, el Ayuntamiento tuvo que recurrir a los tractores, furgonetas, motocarros, etc. propios para salir del paso, ante el plante generalizado del campesinado. Este hecho ensombreció un tanto las fiestas agosteñas, que siempre habían sido alegres y distendidas en toda la colectividad ilicitana.

Algunos pedáneos de las partidas rurales, que en realidad siempre han sido delegados del Alcalde en las partidas correspondientes, trataron de convencer a las Comisiones de Fiestas Rurales, para que depusieran su actitud protestaria y tomaran

parte en "La Charanga", para que ésta tuviera más realce y lucidez, pero fracasaron en su intento. Concretamente, el de la partida de Tierras Verdes, que eran primo hermano de Pascual Campos, le insistió mucho para que no se boicoteara "La Charanga" y que aportase su tractor para el desfile. Pero Pascual Campos se mantuvo respetuoso con el acuerdo que habían adoptado las Comisiones de Fiestas Rurales de no tomar parte este año, de una manera activa en "La Charanga".

Durante el año 1980, representantes de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos y l'Unió de Llaurador i Ramaders del País Valencià, que conformaban los Órganos de Gobierno de la Cámara Agraria Local, mantuvieron varias reuniones con el Alcalde Ramón Pastor Castell, con el fin de modificar la composición de la Junta Local Gestora del Patronato de los Palmerales de Elche, por entender que era un Órgano completamente ineficaz y anquilosado, puesto que en sus siete años de vida, no se había reunido ni una sola vez. Después de las gestiones pertinentes por parte del Ayuntamiento en enero de 1981, se recibió una comunicación del Ministerio de Agricultura, accediendo a esta petición. Por lo tanto, esta Junta Local Gestora que hasta entonces había tenido un representante de los cultivadores de palmeras, pasaba a tener tres: Baltasar Brotóns García, representando a la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, Antonio Boix Navarro, representando a l'Unió de Llauraors i Ramaders del País Valencià y Jerónimo Sánchez Llebrés representando a los dueños de huertos de palmeras urbanos y de la periferia de la población.

Una vez conseguida esta reestructuración de la Junta Local Gestora, sus nuevos miembros pactaron con el Alcalde un calendario de reuniones, también tomaba parte el Jefe del Gabinete Jurídico de Icona en Alicante, Joaquín Muñoz Muñoz. Estas reuniones tenían como objetivo principal el tratar de modificar las normas legales que durante un largo período de

tiempo se habían ido tejiendo, como una tela de araña, alrededor de los Palmerales de Elche. Pero pronto se pudo comprobar que en la Corporación Municipal, excepto el Alcalde, siempre receptivo y voluntarioso, nadie estaba por esta labor. Es más, muchos Concejales miraban a la Junta Local Gestora renovada, con una cierta desconfianza y animadversión, como si quisiera intrometerse en competencias que consideraban de su exclusividad, en un tema que se demostró fehacientemente, que desconocían por completo, salvo raras excepciones. Tan poco interés demostraban por esta cuestión, que a una reunión informal que convocó el Alcalde por la tarde solo asistieron la tercera parte de los componentes de la Corporación.

Y pasó lo que tenía que pasar, dados estos comportamientos: en las catorce reuniones que se celebraron en la Alcadía entre los meses de febrero y octubre de 1981, no se consiguió nada práctico y efectivo, a pesar de los esfuerzos de la Junta y de las muchas propuestas realizadas. Y por cansancio y aburrimiento tuvieron que suspenderse estas reuniones, ante la nulidad de sus resultados. Resultaba inútil y desesperante continuar por ese camino que no conducía a ninguna parte, ante la pasividad y la indiferencia de la Corporación Municipal, perdiéndose una ocasión histórica de haber aportado alguna solución viable y satisfactoria a un problema de capital importancia para la sociedad ilicitana, en su conjunto, y en particular para el campesinado de Elche.

Y mientras esto ocurría, las palmeras iban disminuyendo paulatinamente en el campo de Elche, y el Ayuntamiento, cada día imponía más sanciones económicas a los infractores de la Ley, sin otras consideraciones.

Y el deterioro del palmeral se iba incrementando a ojos vista, no solo por las palmeras que desaparecían, sino también por las que se dejaban sin cultivar o malcultivadas, pues había muchas de ellas en estado lamentable y vergonzoso.

Estaba claro que el espíritu de la Ley y como se aplicaba, no tenía nada que ver con la realidad social del momento. Pero esto no quisieron comprenderlo nunca las personas que tenían potestad para cambiarla y adaptarla a lo que demandaban las nuevas circunstancias. Y esto fue lo tristemente lamentable.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



Flor de almendro, símbolo de la temprana primavera en Elche.



Una gran avenida de agua en el Vinalopó de principios de siglo,
con el casco urbano de Elche al fondo.



Restos de una almazara antigua que están expuestos en la ladera del Vinalopó.



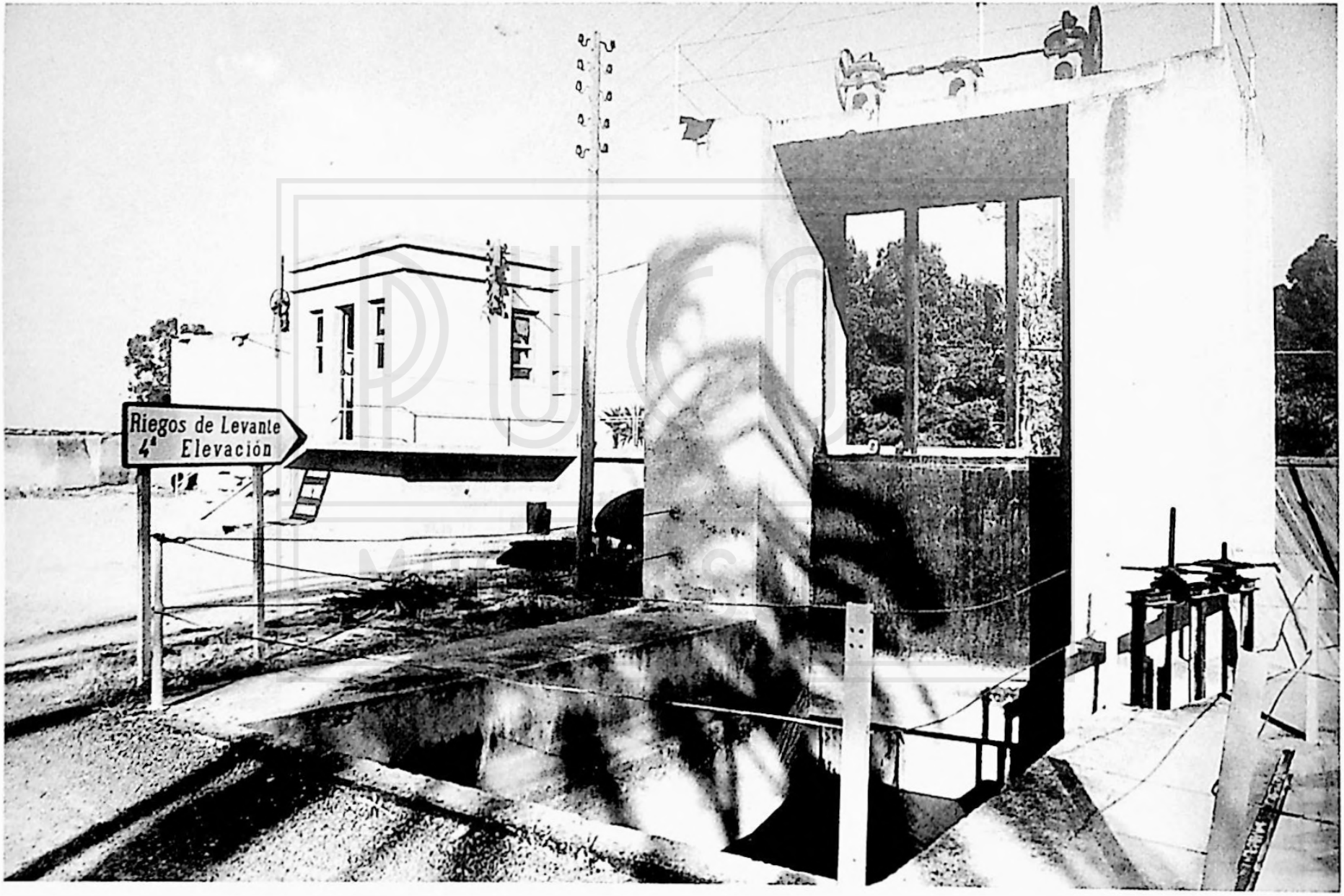
Casona de dos plantas en el campo de Elche.



Cuadrilla de mujeres abriendo horas en la era.



Cuadrilla de mujeres recogiendo algodón en la década de los años ochenta.



Instalaciones de la 4ª Elevación de Riegos de Levante.



Un ejemplar gigantesco de algarrobo en la partida de Matola.



Casa rural típica de los agricultores del campo de Elche.



Romería de San Isidro por las calles de Elche en el año 1951.



Explotación de floricultura bajo plástico del campo de Elche.



Huerto de palmeras.

7

Tanto a ámbito nacional como a escala local, la mecanización de la agricultura por una parte y la profusión de fertilizantes y de productos químicos, para combatir las plagas y las enfermedades criptogámicas de los árboles y las plantas por otra, propiciaron el que toda clase de cosechas y de productos agrícolas se fueran incrementando de año en año, a un ritmo acelerado, cambiando el panorama agrícola y ganadero español. De esa manera, en un corto espacio de tiempo, se pasó de un déficit manifiesto a una abundancia evidente de toda clase de productos agrícolas y ganaderos, que fueron saturando poco a poco, los mercados consumidores. Y esa saturación de productos puestos a la venta, por los imperativos de la Ley de la oferta y la demanda que rige en esta sociedad de libre mercado en que estamos inmersos, se tradujo en una tendencia a la baja de todos los productos agrarios, a principio de los años ochenta. Esa tendencia a la baja de los productos del campo, coincidió con una elevación del precio de los "imputs" (maquinaria, fertilizantes, insecticidas, etc.) así como

una subida acelerada de los jornales y del agua de riego. De esa manera, nos encontramos de buenas a primeras, en que los agricultores del campo de Elche obtenían buenas cosechas y abundancia de frutos, de unas tierras fértiles y cultivadas con esmero, y con una gran profesionalidad, pero que les reportaban escasos o nulos beneficios, por los bajos precios a que se vendían en los mercados consumidores. Y empieza a cundir el cansancio y el desaliento en un campesinado que ve como muchos de sus hijos desertan del campo, en busca de otros horizontes laborales al margen de la agricultura, porque no quieren saber nada de la profesión de sus padres. Y por esta causa, la población activa campesina inicia un gran declive hacia un envejecimiento medio un tanto preocupante.

Así las cosas, a los agricultores ilicitanos solo les queda el recurso de la protesta y la petición de ayudas y subvenciones por parte de la Administración, para que les compense, aunque solo sea en parte, la escasa rentabilidad de su actividad profesional. Pero sobre todo, se mira insistentemente, hacia la Comunidad Económica Europea, coto cerrado hasta entonces para nuestro país, como si la Comunidad fuera la panacea que solucionara todas nuestras desdichas y tuviera la varita mágica para corregir de raíz todos los problemas de la agricultura y la ganadería españolas.

Nuestro país llevaba muchos años solicitando el ingreso, de pleno derecho, en lo que entonces era la Comunidad Económica Europea y ahora se llama Unión Europea. Pero por motivos políticos, se nos vetaba la entrada de una manera sistemática, hasta que después de la muerte de Franco y ya en plena transición a la democracia, desapareció el veto y se iniciaron negociaciones en firme tendentes a nuestra integración. No obstante, estas negociaciones se desarrollaban con una lentitud desesperante, y con muchas reticencias, sobre todo por parte de Francia, que era la que más temía la competencia de la agricultura española, que al tener pleno acceso a los mercados comunitarios, perjudicaba a su propia agricultura.

Aquellas negociaciones parecían no tener fin, y pusieron a prueba la paciencia negociadora de Fernando Morán, como Ministro de Negocios Extranjeros y de Manuel Marín, que eran unos de los principales negociadores. Aquello parecía un complicado encaje de bolillos interminable, en medio de pequeños avances, paralizaciones, retrocesos, nuevas reuniones de trabajo y, mientras, iban pasando los meses y hasta los años, sin que se atisbara la luz al final de aquel largo túnel.

Durante ese largo período de negociaciones, la Comunidad Económica Europea, ya empezaba a tener excedentes de productos agrícolas y lácteos y graves problemas de comercialización, y por consiguiente, se mostraba muy reticente a admitir nuevos miembros con agriculturas fuertes, como era el caso de España. De ahí la mayor dificultad de estas negociaciones.

Para acallar las protestas de los agricultores y ganaderos comunitarios, ante la bajada de los precios de sus productos, establecieron unos precios de retirada de los productos más excedentarios, que iban generando unos estoks de difícil salida y colocación.

Estas circunstancias aun dificultaban más nuestra integración en la Europa Comunitaria, pues con nuestro ingreso, se incrementarían aun más esos excedentes que tanto preocupaban a los Organos Rectores Comunitarios. Lo ideal hubiera sido ingresar mucho antes, cuando la Comunidad tenía una situación más boyante y menos dificultosa. Pero no pudo ser por motivos políticos, como hemos dicho antes.

En esas circunstancias, el Gobierno español, solo tenía dos alternativas: ingresar en las condiciones que le imponían los negociadores comunitarios, o quedarse fuera, que después de unas negociaciones tan largas, quería evitarse a toda costa. Porque la Europa Comunitaria no era solamente, el Mercado Común, o sea, la Europa de los Mercaderes, como se decía, sino también y sobre todo, la Europa que buscaba la unión

política, económica, social, cultural, militar, monetaria, etc. Y España, forzosamente, tenía que integrarse en ella, para romper de una vez por todas, el aislamiento en que había vivido durante siglos, apartada de las decisiones que se tomaban a sus espaldas y que también afectaban a sus legítimos intereses.

Ante esta disyuntiva, el Gobierno Español optó por la opción que consideraba menos mala: la integración, a sabiendas de que las condiciones que nos impusieran eran un tanto desfavorables. Pero no había vuelta de hoja. Estaba claro que España se integraba en la Europa Comunitaria tarde y mal. No obstante, los negociadores españoles trataron de dulcificar esas malas condiciones de ingreso, sobre todo, en lo concerniente a la agricultura y la ganadería, resaltando las ventajas que teníamos en otros aspectos.

No obstante, cuando el 11 de junio de 1985, se firmó en Madrid el Protocolo de ingreso de España y Portugal en las Comunidades Europeas, (la fecha de pleno derecho fue el uno de Enero de 1986), un suspiro de alivio y satisfacción se extendió por todo el territorio español. Por fin se había terminado el calvario de unas negociaciones interminables y un tanto engorrosas, que parecían no tener fin.

El campo de Elche acogió nuestro ingreso en la Europa Comunitaria con grandes muestras de satisfacción, por entender que al tener nuestros productos agrícolas abiertas de par en par las puertas de los mercados comunitarios, los precios de estos productos, que desde hacía algún tiempo se habían deteriorado mucho, se recuperarían de inmediato. Lo de las negociaciones previas y las condiciones que nos impusieron para nuestro ingreso, los agricultores ilicitanos, ante su desconocimiento de las cuestiones de alta política, no lo tenían demasiado claro. La creencia generalizada era que el ingreso nos había beneficiado sobremanera, pues ahora ya podíamos codearnos, en igualdad de condiciones, con los otros miembros comunitarios, aunque para algunos productos, aun tenía-

mos que seguir pagando aranceles durante un tiempo, aranceles que irían disminuyendo paulatinamente, de año en año, hasta desaparecer por completo.

Pascual Campos, como la mayor parte de los agricultores del campo de Elche, rebozaba satisfacción por todos los poros de su piel, ante nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea, pues esperaba que este hecho supondría un relanzamiento para nuestra agricultura y una revalorización de los productos agrarios un tanto depreciados, a causa del exceso de producción y la saturación de los mercados consumidores.

Pero, desgraciadamente, pronto se sufrieron los primeros desengaños, al comprobar que nuestra integración, de pleno derecho en la Europa Comunitaria, no había supuesto una mejora substancial para nuestra agricultura, como suponíamos, sino más bien todo lo contrario. Los precios agrarios en vez de subir, bajaron más en los mercados comunitarios, por la gran oferta existente, hasta el extremo de imponernos cupos para algunos de ellos. Para otros, entre los que se incluían los cítricos, existían precios de retirada, que eran tan sumamente bajos, que después de deducir todos los gastos, (cogida, transporte, manipulación, etc.) al cosechero apenas le quedaba nada. Aquello era una verdadera ruina, ya que los costos de cultivo, (laboreo, agua de riego, fertilizantes, tratamientos fitosanitarios, poda, etc.) subían de año en año, de una manera desmesurada, lo que agravaba aun más la situación.

Al principio, los agricultores, creyendo que estas circunstancias negativas serían pasajeras y cambiarían pronto, continuaron cultivando los naranjos y los limoneros, aunque perdían dinero con su cultivo. Pero al pasar dos o tres años y continuando esta situación, muchos de ellos se cansaron y empezaron a dejar incultos una plantaciones de árboles que hasta entonces habían sido auténticos vergeles. Ese fue el punto de inflexión de una marcha normal en el desarrollo agrario

ilicitano y el inicio de un período de decadencia que se fue acentuando al paso de los años. Y lo que era mucho peor aun,: la constatación de que nuestra integración en la Comunidad Económica Europea, no había sido la panacea para nuestra agricultura, como suponíamos a priori, sino más bien todo lo contrario, pues nos encontramos con unos mercados aborrotados de productos agrarios que se cotizaban a la baja y con unas limitaciones cuantitativas de acceso a esos mercados y con una competencia feroz con los otros miembros de la Comunidad que tenían unas agriculturas más desarrolladas, más rentables y mejor organizada que la nuestra, y por consiguiente, luchaban en mejores condiciones que los españoles, en aquellos mercados tan competitivos y tan exigentes en lo que a calidad se refiere. Y lo que pasaba con los cítricos y con las demás frutas, ocurría también con las hortalizas y verduras y el algodón, ya que el precio de la fibra se regulaba desde Bruselas, así como la cantidad máxima de hectáreas que podría sembrar España de este cultivo, con la particularidad de que si se excedía de esa cantidad asignada, se le penalizaba mediante la disminución del precio a que se pagaría el algodón español en la cosecha correspondiente, como ocurrió varios años.

Estaba claro, que el pertenecer a la Europa Comunitaria tenía muchas ventajas, pero también algunos inconvenientes, sus privilegios y sus servidumbres, y en los órganos rectores de la entidad supranacional, a la hora de tomar decisiones, nuestro país era solo un voto entre doce, y que los acuerdos que se tomaban eran vinculantes para todos, aunque fueran en detrimento de los intereses particulares de algunos de los miembros. De esa manera, se nos impuso la eliminación de una gran cantidad de vacas lecheras, alegando que nuestra producción de leche era superior a la cuota asignada a nuestro país y lo mismo se quiso hacer con nuestra producción de vino, que según estos criterios, también eran excedentarios.

A partir de esos momentos, pudimos comprobar, desde dentro de la Comunidad, que exceptuando Grecia y Portugal, los demás miembros comunitarios nos aventajaban mucho en todos los aspectos y sentidos, en lo que a la agricultura y ganadería se refiere: tenían mejores métodos productivos, mejor preparación personal, una tecnología más avanzada, mayores rendimientos, etc. En lo único que España aventajaba a todos, sobre todo en la agricultura mediterránea, era en climatología. Pero esta pequeña ventaja estaba contrarrestada por una gran diferencia de recursos hídricos, que fue siempre el gran inconveniente de la agricultura ilicitana.

Así las cosas, pronto se dieron cuenta los agricultores del campo de Elche, que ni sus explotaciones agrarias, un tanto minifundistas, ni sus métodos de cultivo y de riego, ni su preparación profesional, estaban a la altura de las circunstancias, para poder competir con igualdad de condiciones, con otras agriculturas más tecnificadas y más modernas, cuyos productos en su inmensa mayoría, de mejor calidad que los nuestros, iban a los mismos mercados para su comercialización.

Resultaba evidente, que la agricultura como los demás sectores productivos, necesitaban una urgente renovación para adaptarla a lo que demandaban las nuevas circunstancias. Pero en lo que al campo de Elche se refiere, con unas estructuras agrarias inapropiadas y con una población activa demasiado envejecida, ¿quién tenía que llevar a cabo esa necesaria renovación? En esas circunstancias, era prácticamente imposible, si bien se hicieron algunos intentos de construir invernaderos de láminas de plástico, para producir hortalizas, flores y plantas ornamentales, siguiendo las técnicas empleadas en Almería, donde había grandes extensiones de terrenos dedicados a la producción de estos cultivos de primor. Era ésta una posible alternativa a una agricultura tradicional que ya se estaba quedando desfasada y que había que modernizar. Pero a los pocos años, la mayoría de estos invernaderos, se habían desmontado

y habían desaparecido de la geografía agraria ilicitana. Solo se salvaron y perduraron unos cuantos de los más grandes, que no pertenecían a simples agricultores a título personal, sino a empresas que, en la mayoría de los casos, se dedicaban al cultivo de plantas ornamentales y a la floricultura.

Con el paso de los años, esa incipiente decadencia de la agricultura ilicitana, se iba acentuando más y más como lo demuestra el hecho de que cada día que pasaba se veían en el campo de Elche más fincas rústicas incultas y abandonadas. Y lo que era más preocupantes aun: se observaba en los agricultores del campo de Elche, síntomas evidentes de cansancio y desilusión por ejercer una profesión que ya no les daba para vivir dignamente, a pesar de dedicarle muchas horas de trabajo y de esfuerzo diariamente.

La decadencia no era solo económica, por tener menos ingresos a causa de los bajos precios a que se pagaban los productos cosechados, sino también social y cultural, ya que el sector campesino iba perdiendo protagonismo y peso específico en el conjunto de la sociedad, desplazado por el sector industrial y el de servicios que habían adquirido un auge desmesurado, al socaire de las nuevas circunstancias y de la evolución de la sociedad.

La industria de Elche, particularmente del calzado, en sus orígenes, había recibido un fuerte impulso y había sido fortalecida, en parte, gracias al ahorro de los agricultores ilicitanos, en unos tiempos en que los agricultores constituían casi el 50% del conjunto de la población ilicitana, y en que la agricultura de las partidas rurales generaba un movimiento económico y un flujo de riqueza muy importante.

Pero con el paso de los años se invirtieron los papeles, aunque después de la Guerra Civil, a causa de la escasez de alimentos, hubo una época en que los agricultores gozaron de una situación boyante, como no lo habían tenido nunca, y estaban muy bien considerados porque producían los alimentos

que las gentes ciudadanas necesitaban perentoriamente, para completar el corto racionamiento que recibían de la Administración. No obstante, esto fue una situación transitoria y un tanto anormal que terminó cuando se regularizaron los abastecimientos de productos de primera necesidad que escasearon durante unos años.

Terminada este período de escaseces, los agricultores continuaron cultivando sus tierras, como lo habían hecho siempre y los productos cosechados recobraron los precios normales de mercado, hasta que por las razones anteriormente expuestas, se depreciaron un tanto, y por consiguiente, los ingresos obtenidos como productos de su trabajo diario, empezaron a disminuir de una manera alarmante, hasta el extremo de tener que buscarse otros ingresos al margen de la agricultura, para asegurarse la supervivencia. Quedaba meridianamente claro que una nueva época de signo negativo, había empezado para el campo de Elche y para sus gentes.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

8

Una vez constituido el Gobierno Autonómico de la Generalitat Valenciana, y el Gobierno Central le transfirió las competencias en agricultura y ganadería, la Generalitat inició los trámites pertinentes para elaborar una nueva Ley, mediante la cual regularía la tutela de los Palmerales de Elche, con la particularidad de que en esta nueva norma legal se contemplaba que las palmeras datileras (Phoenix Dactilyfera L), dentro del término municipal de Elche, dejaban de ser un bien agrícola, como habían sido siempre, para convertirse en un bien cultural, que había que tutelar y proteger. Por tal motivo, esta Ley fue promulgada por la Consellería de Cultura y no por la agricultura.

Esta nueva Ley protectora de los Palmerales de Elche, promulgada por la Generalitat Valenciana, se publicó en el Boletín Oficial el día 9 de mayo de 1986, y el Reglamento que desarrollaba dicha Ley, muy extenso por cierto, el día uno de diciembre de dicho año. Esta nueva Ley, anulaba y dejaba sin efecto, todas las normas legales que desde marzo del año 1933,

se habían promulgado por el Gobierno Central, en torno a los Palmerales de Elche.

Después de un extenso preámbulo, el artículo primero de esta Ley dice textualmente: "Es objeto de la presente Ley, la protección y el fomento de la palmera datilera (Phoenix Dactilyfera L) de Elche, así como de las áreas y entornos donde se ubican, mediante la regulación de su uso, destino y aprovechamiento, con el fin de garantizar la continuidad histórica de los valores culturales que representan". Estaba claro que para la Generalitat Valenciana y para su Ley protectora, las palmeras de Elche habían perdido su catalogación de árboles agrícolas para convertirse en un bien cultural, como hemos apuntado antes.

En el artículo 10 de esta Ley se especificaba que "se crea el Patronato del Palmeral de Elche, como Organo competente para la aplicación de las disposiciones de la presente Ley, que estará compuesto de la manera siguiente:

Presidente: El Conseller de Cultura, Educación y Ciencia.
Vicepresidente: El Alcalde del Ayuntamiento de Elche.
Vocales. El Director General del Patrimonio Artístico.
El Director General de Desarrollo Agrario.
El Director General de Urbanismo.
Dos Concejales del Ayuntamiento de Elche, elegidos por el Pleno.
Un representante de los cultivadores de palmeras.
Actuará como Secretario, con voz, pero sin voto, el Secretario del Ayto".

El Patronato se constituyó formalmente, en el salón de pleno del Ayuntamiento de Elche, el día 15 de septiembre de 1987, a las 5 de la tarde, siendo Conseller de Cultura Cipriano Císcar Casabans, Alcalde Elche Manuel Rodríguez Maciá, Director General de Patrimonio Artístico, Tomás Llorens Serra, Director General de Urbanisme Blanca Blanquer Prats, (que no estuvo presente en el acto, ni asistió tampoco, posterior-

mente a ninguna reunión del Patronato), Concejala de Cultura, María Rosa Verdú Alonso, Concejal de Urbanismo, José Fornés Caselles y Representante a los cultivadores de palmeras Baltasar Brotóns García, que había sido elegido para este cargo unos meses antes en la Cámara Agraria Local.

En el acto de constitución del Patronato, la lectura de las actas y los demás parlamentos, se hicieron todos en lengua valenciana.

En el mismo acto quedó también constituida la Comisión Gestora, dependiente del Patronato y la Comisión Técnica compuesta por técnicos del Ayuntamiento y de las tres consellerías que formaban parte del Patronato.

La Comisión Gestora tenía un Presidente y tres Vocales. El Presidente es el Alcalde de Elche y los tres Vocales son los dos Concejales y el Representante de los cultivadores de palmeras.

Tanto el Patronato como la Junta Gestora, estaban domiciliadas en Elche. En un principio, este domicilio se ubicó en el "Hort del Gat", de propiedad municipal, para trasladarse poco después al "Molí Real", en el Parque Municipal. No obstante, las reuniones del Patronato y de la Junta Gestora, se celebraron siempre en las dependencias del Ayuntamiento.

Preceptivamente, las reuniones del Patronato, con carácter Ordinario, tenían que celebrarse al menos, una vez al año, y con carácter extraordinario, cuantas veces lo demandaran las circunstancias.

En cuanto a la Junta Gestora no se fijaba fechas para sus reuniones. Pero lo que si se contemplaba era que previamente a estas reuniones, informase la Comisión Técnica, para fijar el orden del día de las mismas.

La Ley de la Generalitat Valenciana solo tiene trece artículos, dos disposiciones finales y una disposición transitoria. En el artículo cuarto se especifica que "se crea el Registro de

Huertos, Grupos de Palmeras y Palmeras Aisladas de Elche, en el que quedan inscritos los bienes que gozan de la tutela de esta Ley". (Nueve años después de publicada la Ley, este Registro aun no se ha elaborado, y por consiguiente, las palmeras en Elche aun están sin calificar, para su tutela y protección).

En el artículo doce se habla de que los Huertos de Palmeras, Grupos de Palmeras y Palmeras Aisladas, una vez calificadas, "gozarán de las subvenciones y beneficios que, reglamentariamente, se determinen", pero sin especificar la cuantía. En cambio, en el artículo trece que habla de las sanciones que se impondrán por el Patronato, "a los que atente contra lo dispuesto en la presente Ley", si que se habla de cifras concretas, que oscilan entre los cinco y los veinticinco millones de pesetas, en los casos más graves, con la particularidad de que "El Consell de la Generalitat Valenciana queda facultado para actualizar, por vía reglamentaria, la cuantía de las multas que se fijan en el artículo trece de la presente Ley".

Con estos planteamientos, quedaba claro que la Ley tenía un carácter represivo, ya que resaltaba más las sanciones económicas para los que la vulneraban, que las posibles ayudas y subvenciones tendentes a propiciar el fomento y la conservación de nuestros palmerales. En este aspecto, esta Ley tenía los mismos planteamientos que el famoso Decreto de Marzo del año 1933, que quedaba derogado desde estos momentos.

Las JUPAVES (Juntas de Participación Vecinal), promovidas y gestadas por Manuel Ortuño, abogado y político local, visceralmente contrario a los socialistas), que impugnaron la Ley antes de nacer y presentaron un proyecto alternativo que no admitió la Generalitat Valenciana, impugnaron también la constitución formal del Patronato, por entender que no se ajustaba a derecho. De la misma manera, impugnaron la elección del representante de los cultivadores de palmeras en el mencionado Patronato, con una serie de razonamientos que rechazaron los Tribunales de Justicia, después de un largo contencioso que duró dos años.

Después de todos estos dimes y diretes jurídicos, la composición del Patronato no se modificó en modo alguno y continuó su andadura. La primera reunión de la Junta Gestora tuvo lugar el uno de diciembre de 1987.

A partir de esos momentos, se iniciaba una nueva época para los Palmerales de Elche. Lo primero que se hizo por parte del Ayuntamiento, con muy buen criterio, fue aparcado en un cajón, (jurídicamente, no podían condonarse), todas las sanciones que quedaban pendientes de cobro, por arranques de palmeras, hasta que transcurrieran cinco años de su imposición y quedaran anuladas o lo que es lo mismo, se hizo borrón y cuenta nueva con las multas. Pero no se pudo, no se supo o no se quiso hacer lo que demandaban las nuevas circunstancias, que era decirles a los agricultores ilicitanos: "Aquí tenemos una nueva Ley de Palmerales, que se va a aplicar con rigor, no solamente en la parte punitiva y sancionadora, sino también y sobre todo, rompiendo la dinámica actual, que tan perjudicial ha sido, en lo que a subvenciones y ayudas se refiere, porque somos conscientes de que estáis perdiendo dinero con ellas y eso no es justo.

Y aquí también, legalmente constituido, un Patronato en el que tenéis un representante, con voz y voto, para obligar a que la Ley se cumpla en todos sus extremos, pero de una manera justa y ponderada, para que entre todos consigamos que nuestros Palmerales no continúen degradándose, sino todo lo contrario, se fomenten y se engrandezcan, para orgullo y satisfacción de todos. Y como somos conscientes de que el problema del Palmeral es un problema económico, por lo tanto, aportemos los fondos necesarios para subvencionar, de verdad, y en su justa medida, a los dueños de todas las palmeras datileras que hay en la totalidad del término municipal de Elche, fondos que deben salir, anualmente de los presupuestos municipales y de las tres Consellerías que forman parte del Patronato".

Pero, desgraciadamente, nada de eso se hizo, perdiendo otra ocasión histórica para aportar soluciones válidas a un problema que se había enquistado profundamente, en el tejido social campesino. La cerrazón y hasta cierto punto, el desconocimiento de la magnitud del problema, por parte de las personas que tenían potestad para decidir en esta delicada cuestión, echaron por tierra una objetiva posibilidad de solución que se fue al garete. Esta cerrazón y desconocimiento, llegó hasta el extremo de que una persona que tenía competencias en esta cuestión, dijera en los medios de comunicación, que la problemática de los Palmerales de Elche, se terminaba de inmediato, "poniendo un guarda a cada palmera. Así se terminaban los arranques que se están produciendo todos los días".

Y mientras ocurría todo esto, se esbozaban nuevos proyectos, se hacían declaraciones de buenas intenciones, pero que al final, todo quedaba en palabras... palabras... y nada más que palabras.

El Reglamento que desarrolla la Ley, contempla la posibilidad de que los agricultores puedan plantar viveros de palmeras, como otro cultivo cualquiera. Y que una vez inscritos en el Registro del Patronato, estas palmeras las pueden comercializar libremente, sin ningún impedimento, en cualquier momento de su desarrollo vegetativo. Los dueños de estos viveros, solo tienen la obligación de informar al Patronato dos días antes de arrancarlas, de la cantidad de palmeras que han vendido, para darles de baja en el registro correspondiente. En estos casos, el propio Patronato pone un distintivo en cada una de estas palmeras para que puedan salir libremente del término municipal de Elche, para su posterior destino. En este aspecto, el Reglamento favorece los intereses de los agricultores, que tienen en los viveros de palmeras, una posible alternativa a otros cultivos tradicionales que han perdido la rentabilidad. Ahora bien. El plantar viveros de palmeras, supone hacer una inversión a doce o quince años vista, ya que hasta

que transcurra ese tiempo, apenas tienen valor comercial, y por consiguiente, no pueden sacar dinero de ellas. Por otra parte, algunos viveros que se habían plantado antes, se registraron también en el Patronato, para poder comercializar estas palmeras dentro de la Ley. Otros muchos se plantaron asimismo por todo el campo de Elche.

Pascual Campos, fue uno de los primeros agricultores ilicitanos que plantó un vivero de palmeras datileras, en las condiciones que establecía el Reglamento de la Ley del Palmeral. Dedicó cinco tahullas de tierra a este cultivo. El vivero lo hizo de huesos de dátiles, y en las cinco tahullas plantó alrededor de quinientas palmeras. Hizo zanjas para no tener que regar toda la superficie de la tierra y puso láminas de plástico sobre las zanjas, con dos objetivos concretos: para que la humedad del riego durase más y para evitar que nacieran malas hierbas. A la altura de cada hueso de dátil, hizo un agujero en el plástico, para que la palmera pudiera salir sin ninguna dificultad. El plástico también favorecía un mayor desarrollo vegetativo de las palmeras en los primeros tiempos. Y lo mismo que hizo Pascual Campos, lo hicieron otros muchos agricultores, que plantaron viveros de palmeras datileras, registrándolos en el Patronato en los años posteriores. De esta manera, entre particulares y el Ayuntamiento hay en estos momentos, (julio de 1995) más de cincuenta mil palmeras, que en su mayor parte, se irán comercializando en los próximos años, y constituirán una saneada fuente de ingresos para el campo de Elche. Además, también se han plantado muchos viveros de palmeras de la variedad "Wasingonia", que tienen un desarrollo vegetativo más rápido pero se pagan más baratas.

La promulgación de la nueva Ley de Palmerales y la constitución del Patronato correspondiente, fueron muy bien acogidos por la inmensa mayoría de los agricultores del campo de Elche, por entender que a partir de esos momentos, las cosas iban a mejorar, y a ese sangrante problema que se venía

arrastrando desde hacía ya bastantes años, se le iba a encontrar una solución justa y racional, que rebajaría la tensión que había en el campo. En ese sentido, el que más esperanzado estaba era el representante de los cultivadores de palmeras en el Patronato, que creía con exceso de optimismo, que el problema de los Palmerales de Elche era, sencillamente, un problema económico que podía tener solución con ayudas y subvenciones a los cultivadores de palmeras, que se veían obligados, legalmente, a mantenerse a su costa, cuando habían perdido toda su rentabilidad, como árboles agrícolas. Las cosas estaban tan meridianamente clara, que no cabía la más mínima discusión. Y no valía para nada el subterfugio de esgrimir razones históricas, sentimentales y culturales, para obligar a los agricultores a respetar y biencultivar las palmeras, a su costa, sin ninguna compensación económica a cambio, sabiendo que ellos tenía que vivir del producto de su trabajo y del fruto de sus cultivos. Eso, moral y éticamente, era injusto e inadmisible desde la razón y la objetividad. No obstante, no se quiso ver esa injusta realidad, que continuó sin alterarse lo más mínimo.

El Ayuntamiento, lo único que hizo en defensa del Palmeral, fue tratar de adquirir la mayor cantidad posible de huertos de palmeras urbanos y de la periferia de la población, para municipalizarlos y convertirlos en parques y jardines públicos, lo que nos parece muy bien, a sabiendas de las grandes inversiones que tiene que hacer de caudales públicos, no solo para su compra, sino también para su mantenimiento posterior.

Pero en las partidas rurales, las palmeras diseminadas, (e incluso, huertos enteros), iban disminuyendo, paulatinamente, a causa de los arranques clandestinos que tenían lugar de una manera continuada, a pesar de la constante vigilancia que ejercían los guardas del Patronato. De esa manera, en los últimos años han desaparecido del campo de Elche muchos miles de palmeras, (¿50.000, 60.000, 80.000?) que han ido a para a

infinidad de lugares de la costa mediterránea, e incluso al extranjero, para ornamentar parques y jardines de muchas poblaciones, y también fueron a para a Sevilla en 1992, con motivo de la Exposición Universal. Estos hechos demostraron de una manera evidente, que la política seguida por el Patronato y la gran cantidad de sanciones impuestas, no sirvieron para nada, y lo único que se ha conseguido ha sido contribuir al deterioro del Palmeral, que era precisamente, lo que se trataba de evitar.

El espíritu de la nueva Ley de Palmerales de la Generalitat Valenciana, lo mismo que el Decreto anterior de 1933, promulgado por el Gobierno Central, (¿modificará esta Ley el nuevo Gobierno Autonómico del PP que ha salido de las Elecciones Autonómicas del 28 de mayo de 1995?) lo que perseguían era el fomento y la conservación de los Palmerales de Elche, (primero como un bien agrícola y después como un bien cultural) pero en ambos casos, no acertaron en sus planteamientos y en su aplicación, que más bien fueron contraproducentes y equivocados, como se comprobó posteriormente, pues en vez de fomentar el Palmeral, lo que hicieron fue degradarlo a ojos vista, como podemos comprobar en estos momentos.

Así las cosas, el representante de los cultivadores de palmeras en el Patronato, al principio tan ilusionado, por entender que su labor en el mismo podría ser positiva y beneficiosa, iba perdiendo paulatinamente, su entusiasmo inicial, al comprobar que las propuestas que él hacía, creyéndolas positivas, para encontrarle una solución viable y justa al problema de los Palmerales, no se aceptaban en modo alguno, por los otros miembros. Aquello era algo así como predicar en el desierto, en una lucha desigual de uno contra siete, que no conducía a ninguna parte. Por lo tanto, solo le quedaban dos opciones: continuar en el Patronato, como una figura decorativa, sin ninguna utilidad práctica o dimitir de su cargo. Y eso es lo que hizo de una manera irrevocable, el día cinco de abril de 1990,

al final de una reunión formal del Patronato, celebrada en las dependencias municipales. Presidía esta reunión el Conseller de Cultura Antoni Escarré, que había sustituido en el cargo a Cípria Ciscar. Tanto el Conseller, como el Vicepresidente, el Alcalde de Elche, Manuel Rodríguez Maciá, rogaron encarecidamente al representante de los cultivadores de palmeras, que retirara su dimisión, alegando que transtornaría la marcha normal del Patronato hasta la elección de un sustituto, pero él se mantuvo firme en su postura. Había ocupado el cargo durante algo más de dos años y medio.

A partir de esos momentos, el Patronato de los Palmerales de Elche, estuvo sin representante de los cultivadores de palmeras durante más de dos años, hasta que fue nombrado, (y no elegido, como es preceptivo), por el Delegado Provincial de Agricultura, Pascual Serrano Salinas, de una manera provisional, hasta que se llevara a cabo un censo completo de cultivadores de palmeras datileras, (que tenía que haberse realizado de inmediato, después de la constitución del Patronato), para que entre ellos eligieran a su representante definitivo.

Pero en estos momentos (16 de julio de 1995, ni se ha hecho el censo, ni se ha sustituido a Pascual Serrano). Así de mal funciona el Patronato.

Esta forma de actuar del Patronato, un tanto irregular, generó entre los cultivadores de palmeras del campo de Elche, malestar y frustración. Y para defender mejor sus propios intereses, pensaron agruparse, para tratar colectivamente. Por eso, el día 22 de marzo de 1989, crearon la "Asociación Local de Cultivadores de Palmeras Datileras de Elche". En un principio eligieron para presidirla a Ambrosio Agulló, que un tiempo después fue sustituido por Carlos Galiana, que aun continua al frente de la misma.

Carlos Galiana, un hombre dialogante y comprensivo, ha hecho propuestas muy razonables, en pro del fomento y la conservación de los Palmerales de Elche, y hasta ha conseguí-

do determinadas ayudas de los Organismos Oficiales, para algunos de los miembros de la Asociación que él preside. Además, mantiene buenas relaciones con el Ayuntamiento y el Patronato, y espera que de estas buenas relaciones, puedan obtenerse provechosos frutos que redunden en beneficios de los Palmerales de Elche y de sus dueños, aunque reconoce que la tarea no va a ser nada fácil.

Al menos, optimismo, tesón y buena voluntad no le faltan. Y eso ya es un buen bagaje para transitar por un camino en el que va a tropezar con muchos escollos y dificultades.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

9

La Comunidad de Riegos de Levante, (margen izquierda del Segura) marchaba de mal en peor en su funcionamiento interno. A las diversas banderias de comuneros que se habían formado alrededor de determinadas personas que pretendían erigirse en máximos mandatarios de la misma, creando divorcios y enfrentamientos entre ellas, había que añadir los intentos de fraccionamiento de la misma Comunidad en varias Comunidades de Base, rompiendo su unidad orgánica y funcional que se había mantenido incólume desde su creación en el año 1942, y sobre todo, desde que se llevó a cabo el rescate anticipado en diciembre de 1976. Los primeros comuneros que intentaron separarse del conjunto de la Comunidad, fueron los de Orihuela y Albatera, pero fracasaron en sus primeros intentos, dado el rechazo del resto de los comuneros. No obstante, estos precedentes sembraron una semilla separatista que iba germinando hasta que empezó a dar sus primeros frutos un tiempo después, ya que en 1990, la Comunidad de Riegos de Levante se fraccionó en nueve Co-

munidades de Base, con gestión y administración independientes unas de otras, aunque todas ellas se quedaron vinculadas a la Comunidad General que les representaba a todas ellas en su conjunto, ante la Confederación Hidrográfica del Segura, ante la Haciendo Pública y ante la Seguridad Social, por lo de las cotizaciones de los trabajadores en su rendimiento personal. La Comunidad General también se encargaba de aplicar y cobrar las cuotas anuales de mantenimiento que estaban obligados a pagar los comuneros, para sufragar los gastos fijos de la Entidad.

Estas nueve Comunidades de Base, se repartieron la zona regable del conjunto, en nueve trozos, y cada una de ellas, administraba su propia parcela asignada, y se le asignó una dotación de agua acorde con el número de hectáreas de tierras regables que estaban bajo su jurisdicción. De la misma manera, celebraban sus Asambleas Generales que elegían a sus órganos rectores, que a su vez confeccionaban sus presupuestos anuales de ingresos y gastos. Funcionalmente, eran algo así como nueve Gobiernos Autonómicos con sus competencias y con su propia Administración, pero que, en determinadas cosas, dependían del Gobierno Central del Estado, como cabeza visible y responsable ante las diferentes Administraciones.

El nombre de estas nueve Comunidades de Base, estaba en función de la zona o del canal que estaba bajo su juridicción. Por eso se les puso el nombre de Comunidad de Base del 4° Canal de Poniente, Comunidad de Base de Albatera, Comunidad de Base de Crevillente, Comunidad de Base del 4° Canal de Levante y 7° de la Peña, Comunidad de Base de la 6° y 7ª elevación de Elche, Comunidad de Base del 3° Canal de Elche, Comunidad de Base de Bacarot, Comunidad de Base del Sindicato de la Huerta de Alicante y la Comunidad del Canal que comprendía el 1° y 2° Canales de Levante.

A partir de esos momentos, cada Comunidad de Base fijó un precio para el agua que distribuía a sus comuneros, tanto la

de sobrantes, elevadas por el sistema de bombeo, como de las trasvasadas del Tajo, que discurrían por gravedad. Estos precios se fijaban en función de los costos, en su conjunto, ya fueran fluido eléctrico, mermas por filtraciones, jornales para su distribución, etc. De ahí el que hubieran variación en los precios que pagaban los comuneros por las aguas que regaban, según a la Comunidad de Base a que pertenecieran, aunque estas diferencias en los precios de las aguas, no las comprendían muy bien algunos comuneros, aunque las aceptaron de buen grado.

Con el fraccionamiento de la Comunidad General en nueve Comunidades de Base, no se terminaron los problemas de funcionamiento, ni mucho menos, sino más bien todo lo contrario. Por eso, la situación llegó a ser tan caótica y conflictiva, que tuvo que tomar cartas en el asunto la Administración Autonómica, para poner paz y orden donde solo había crispación y desconcierto. Lo primero que hizo la Generalitat Valenciana en 1990, fue apartar de su cargo al Presidente de la Comunidad Francisco Martínez Sánchez y demás miembros de su Junta de Gobierno, y formar una Comisión Gestora, a cuyo frente pusieron al Alcalde de Elche, Manuel Rodríguez Maciá, por ser el término municipal ilicitano el que componía el 50% de la superficie regable del conjunto de la Comunidad General. Las otras personas que formaban parte de esta Comisión Gestora, eran Vicente Paños, Director Territorial de Agricultura, José Joaquín García Yelo, Presidente del Sindicato Central de Regantes del Acueducto Tajo-Segura, Manuel Beltrán Giménez, Secretario General de la Confederación Hidrográfica del Segura, Alfonso Botín Pantoja, Director Técnico de la Confederación Hidrográfica del Segura, los Alcaldes de Muchamiel, Albatera y Crevillente y un representante de los comuneros, cargo que recayó en el Ingeniero José García León, comunero de Albatera. Como se podrá comprobar, esta gestora estaba compuesta, casi en su totalidad, por perso-

nas que desempeñaban cargos políticos o técnicos dentro de la Administración.

Lo primero que hizo el Presidente de la Comisión Gestora, fue nombrar un Gerente, para que coordinara el correcto funcionamiento de la Comunidad. Este cargo recayó en el joven Economista y Auditor José Manuel Miralles Moll, que además de la Gerencia, desempeñaba también la Secretaría General.

Con la creación de la Comisión Gestora, mejoró mucho la situación económica de la Comunidad, ya que en el momento de su constitución, la Entidad tenía un endeudamiento de mil cien millones de pesetas, y durante los cinco años de su vigencia, esta deuda se redujo al 50%.

A partir de la creación de la Comisión Gestora, los ánimos de los comuneros se calmaron un tanto, en lo concerniente a la elección de Presidente puesto que la vigencia de la Comisión Gestora se alargaba en el tiempo, sin plazo fijo de vencimiento, aunque una parte de esta tensión se trasladó a las Comunidades de Base, particularmente a las del Primero y tercer canal de Levante. Pero estas eran unas tensiones más localizadas y con menor trascendencia.

La Comisión Gestora que se puso al frente de la Comunidad, estableció un convenio de colaboración con la Consellería del Medio Ambiente de la Generalitat Valenciana, mediante el cual, se declaraban los embalses del Hondo, Paraje Natural sujeto a protección, aunque esta condición no suponía ninguna restricción en cuanto a su aprovechamiento como embalses reguladores de recursos de agua para riego. Por este concepto, la Comunidad recibió de la Consellería de Medio Ambiente, la cantidad de cuarenta millones de pesetas en el año 1990 y ochenta y cinco millones más a cada uno de los años 1991-92-93 y 94. Se ignora, de momento, si estas ayudas van a continuar a partir de 1995, puesto que desde junio de este año, el Gobierno Autonómico Valenciano es de un signo po-

lítico diferente al que ha habido en los últimos doce años, es decir, del PP.

Después de muchos años de espera, por fin, la Administración se decidió a remozar los canales de riego, que estaban en muy malas condiciones, y que por lo tanto, se producían muchas filtraciones y pérdidas de agua por tal motivo.

El primer canal que remozaron, es decir hicieron nuevo, entubándolo, fue el primer canal de Levante, aunque no lo hicieron en su totalidad. Además de entubarlo, construyeron un gran embalse regulador junto al cauce del Vinalopó y está previsto en un futuro próximo, terminar el entubado de este cauce en las mismas condiciones. Por todas estas obras del primer canal, los comuneros no pagaron cantidad alguna.

En cambio, en la remodelación del tercer Canal de Levante, que ampliaron su capacidad de arrastre de aguas, los comuneros sí que pagaron el 60% del coste de las obras, de la siguiente manera: el 7'5% en los tres años que duraron las obras y el otro 52'5% en los diez años siguientes al finalizar las obras con un interés de 4%.

En los próximos años, la Administración tiene prevista terminar la remodelación del resto de los canales, incluido el Canal Principal, para completar un ambicioso plan de obras que estaba programado desde hacía ya muchos años, como dijimos en capítulos anteriores.

Cuando se constituyeron las nueve Comunidades de Base, recibieron de la Comunidad General, determinadas cantidades de dinero, para dar los primeros pasos en su andadura independiente. Estas cantidades oscilaron entre un mínimo de un millón de pesetas y un máximo de tres millones, según determinadas circunstancias.

Transcurridos los cinco años de funcionamiento de la Comisión Gestora, apaciguados los ánimos de los comuneros, que estuvieron tan crispados en otros tiempos, y enderezado

el rumbo económico de la Comunidad, se creyó llegado el momento de recobrar la normalidad funcional de la misma, dejando de nuevo en manos de los comuneros, los órganos rectores de la Entidad. Para tal fin, se celebró una Asamblea General de compromisarios en el mes de abril de 1995, mediante la cual, eligieron Presidente de la Comunidad, para un plazo de cuatro años, a Manuel Serrano Richarte, que era Presidente de la Comunidad de Base de El Canal y portavoz de la Comisión Gestora, que desde estos momentos quedaba disuelta, después de cinco años de funcionamiento. El nuevo Presidente y su equipo de Gobierno, ratificaron a José Manuel Miralles, en su doble condición de Gerente y de Secretario.

Una etapa histórica se cerraba en la vida de la Comunidad y se abría una etapa de futuro, partiendo de unas circunstancias del campo y de la agricultura muy negativas y complicadas a causa de la sequía.

En 1990, cuando se creó la Comisión Gestora, empezó un período de sequía de los más agudos y catastróficos que ha padecido esta zona, desde principios de siglo. Esta sequía, se fue incrementando de año en año, de una manera alarmante, y como consecuencia de ella, los recursos hídricos de las cuencas del Segura y del Tajo, que son las que abastecen de agua de riego a estas comarcas del sur de la provincia de Alicante y de las Vegas Murcianas, fueron disminuyendo hasta llegar a estar bajo mínimos como ocurre en estos momentos. Esta merma de caudales, trajo como consecuencia lógica, una semiparalización de los riegos, con los quebrantos y perjuicios que ello supone para la agricultura en general, y para la Comunidad de Riegos de Levante en particular. Claro está que al no haber agua para distribuir, la plantilla de trabajadores (más de cien trabajadores), hubo que pasarlos al paro, donde han permanecido muchos meses, salvo cortas y esporádicas temporadas que se reintegraban al trabajo, para repartir las mínimas cantidades de agua trasvasadas del Tajo en los llamados riegos de socorro.

Esta escasez de caudales de agua originó que los embalses del Hondo se secaron por completo, cosa que no había ocurrido nunca, durante los sesenta años que llevaban construidos. En febrero de 1994, se extrajeron las últimas aguas retenidas en el Hondo, (de muy mala calidad, por cierto, dado el alto grado de salinidad que contenían). No obstante, se utilizaron para riego, por la gran necesidad que había de ellas. Desde entonces, han transcurrido veinte meses y en los embalses del Hondo no ha entrado ni una sola gota de agua del río ni de los azarbes de la Vega Baja, sencillamente, porque no las ha habido en absoluto, ya que las Vegas Murcianas se encuentran en las mismas condiciones de sequedad que el campo de Elche, salvo algunas pequeñas zonas que se riegan con aguas extraídas de pozos, que son una mínima parte del conjunto del territorio.

Desde principios de 1923, en que Riegos de Levante empezó a distribuir aguas de riego en el sur de la provincia de Alicante, no se había estado un período de tiempo tan largo sin regar en el campo de Elche, con aguas de sobrantes de la Vega Baja, porque allí no se regaba tampoco. Y este agotamiento de recursos hídricos, no sabemos cuando va a terminar. Lo único cierto, es que esta pertinaz sequía que llevamos padeciendo desde 1990, se va agudizando a medida que pasa el tiempo y no sabemos cuando va a cambiar la meteorología. Lo peor de todo, en este sentido, no es lo que ha pasado ya y lo que está pasando en estos momentos, sino lo que puede ocurrir en un futuro inmediato, ya que hay precedentes históricos de sequías muy prolongadas que se padecieron en el campo de Elche y que traumatizaron a muchas generaciones de agricultores ilicitanos, ya que muchos de ellos se vieron forzados a emigrar al extranjero para poder sobrevivir, pues aquí no había ni cosechas ni trabajo.

Durante el verano de 1994, al estar el Hondo completamente seco, la Comunidad aprovechó esta circunstancia para

ahondar más el suelo del embalse, con el fin de darle más capacidad de almacenamiento de agua y facilitar también la entrada y salida del mismo desde el Canal Principal. Al mismo tiempo, reforzaron las motas para incrementar su consistencia cuando se presentase de nuevo la oportunidad de llenarlo otra vez. Esta operación no se había realizado nunca, ya que como hemos dicho antes, los embalses del Hondo, desde que se construyeron, siempre habían tenido alguna reserva de agua, en mayor o menor cantidad.

¡Aquello fue todo un espectáculo, ver a numerosos tractores de gran tamaño, arrastrando tierras en aquel paraje seco y desolado, levantando nubes de polvo, donde siempre hubo agua y aves acuáticas, que tenían allí su hábitat natural, donde vivían y se reproducían!... Y en esas mismas y extrañas condiciones se encuentra aun, a finales del verano de 1995, esperando esas lluvias benefactoras, que tardan tanto en llegar, para que remedien la situación actual tan deprimente y angustiosa que estamos atravesando, y que los embalses del Hondo podamos verlos de nuevo rebosantes de agua, como reserva estratégica, para poder utilizarla en el momento oportuno, y puedan cumplir la importante labor para la que fueron construidos, en el primer tercio del presente siglo.

Pascual Campos, como otros muchos agricultores ilicitanos, quiso ver in situ, los trabajos que se estaban llevando a cabo en el Hondo y se acercó allí una mañana del mes de agosto, acompañado de unos amigos. Y lo que vieron les deprimió sobremanera: el Canal Principal sin una gota de agua. El pantano del Hondo completamente seco y polvoriento. Las aves acuáticas, siempre tan abundantes, brillaban por su ausencia, pues se habían ido en busca de otros parajes más húmedos donde poder anidar y sobrevivir. La sequedad del Canal Principal y del Hondo, eran el fiel reflejo de la sequedad que estaban padeciendo las tierras del campo de Elche por la falta de lluvias y de aguas de riego. Esta falta de agua estaba agostan-

do las plantas y los árboles que se morían de sed y resecando unas tierras que perdían toda su fertilidad, por carecer del líquido elemento que es fuente de vida, y que tanto se estaba echando en falta, desde hacía ya muchos meses. "El agua y la vida van siempre asociados y unidos, en la más completa simbiosis que imaginarse pueda. Sin agua no hay posibilidad de desarrollo agrícola de ninguna clase. Y mucho más aun en una zona como ésta donde prevalecen unas temperaturas tan altas. Cuando falta el agua, la vida vegetal languidece y muere. Por consiguiente, la sequía es un azote y un castigo para las gentes del campo que viven de la agricultura, como está ocurriendo en estos momentos, en todas estas comarcas". Mientras Pascual Campos se hacía estas reflexiones, viendo como los tractores trabajaban dentro del embalse del Hondo, un sol de justicia brillaba en el cielo completamente azul y sin una nube, en aquella mañana francamente bochornosa, en que los termómetros marcaban treinta y nueve grados. A la falta de lluvia se une, como otra nota negativa para los resecos campos, unos veranos más cálidos y más largos de lo normal, con lo cual, el panorama agrícola de estos campos, aun se ensombrece más.

Al no haber agua para distribuir, la Comunidad no percibía ninguna clase de ingresos y, por consiguiente, los gastos fijos que tenía la entidad solo podía sufragarlos mediante las derramas que cobraba a los comuneros. Esta derramas, en los últimos cuatro años, se fijaron en unas cuotas de 7.500 pesetas por hectárea, que la mayoría de los comuneros se resistían a pagar, sin tener agua para riego. Pero ante la firmeza de la Comunidad de que se perdía el derecho a riego sino pagaban estas derramas, ante la proximidad de algún riego de socorro con aguas trasvasadas del Tajo, los comuneros, en su inmensa mayoría, hacía efectivos estos pagos. Lo que ocurría en muchos casos, era que algunos comuneros que no tenían arbolados, ni habían plantado hortalizas, y por consiguiente, no tenían interés en regar, cedan las aguas que les correspondían a

otros comuneros más necesitados, previo el pago de las derramas correspondientes, incluso, de varios años seguidos, con el consiguiente encarecimiento de estas aguas. Hubo algunas de estas aguas, que entre unas cosas y otras, a los comuneros que las regaron, les costaron a más de veinticinco mil pesetas cada hora.

El hecho de que los comuneros pudieran cederse las aguas de unos a otros, para regarlas por donde quisieran, favoreció económicamente a la Comunidad, ya que de esta manera, cobró unas cuotas de inmediato, que de otra forma, no hubiera cobrado. También se favorecían los comuneros: unos porque regaban mayor cantidad de agua de las que les pertenecía, y otros, porque sin pagar nada, sus tierras no perdían el derecho a riego, a través de la Comunidad de Riegos de Levante.

En los últimos años, a medida que los pantanos de la cabecera del Tajo iban disminuyendo sus caudales, a causa de la sequía, las trasvases Tajo-Segura se hacían más difíciles y problemáticos. En ese sentido, hubo fuertes enfrentamientos verbales entre el Presidente del Gobierno Autonómico de Castilla-La Mancha, José Bono y el Presidente Valenciano Joán Lerma, el primero en contra de los trasvases y el segundo a favor de los mismos.

En 1994, ante la oposición frontal de José Bono a que se hicieran trasvases al Segura, y ante la apremiante necesidad de estas aguas para regar los sedientes campos de estas comarcas, hubo que intervenir el Consejo de Ministros, por dos veces, para dar luz verde a sendos trasvases, de los cuales, le correspondieron a la Comunidad de Riegos de Levante, alrededor de siete hectómetros cúbicos de agua a cada uno de ellos. Ciertamente, fue muy poca el agua trasvasada para las necesidades que había. Pero al menos sirvieron para regar parte de un arbolado que se encontraba en estado agónico, a causa de la pertinaz sequía.

El año 1995 empezó peor que terminó el 94, ya que la

sequía se iba agudizando por momentos. Los pantanos del Segura estaban casi agotados por completo y los del Tajo bajo mínimos. En los primeros seis meses de este año, apenas ha llovido unos treinta litros por metro cuadrado y no se ha regado, prácticamente nada, con lo que la situación ha empeorado.

Así las cosas, los agricultores del campo de Elche, en 1994, al no poder regar sus tierras con una cierta regularidad, por falta de recursos hídricos, empezaron a perforar pozos por doquier, orientados por los zahoris, que provistos de sus elementales medios de captación de corrientes subterráneas, iban señalando los puntos exactos donde se podían hacer las perforaciones con una gran posibilidad de acierto. El resultado, en la mayoría de los casos, era siempre el mismo: en mayor o menor cantidad, y a más o menos profundidad, según las zonas, se encontraba agua, pero en la mayoría de los casos estas aguas subterráneas, tenían un alto grado de salinidad, que solo les hacía aptas para regar los cultivos más resistentes, (alfalfa, olivos, granados, palmeras y muy pocas cosas más). No obstante, ante la extrema necesidad que se padecía, con estas aguas se regaba casi todo, con la consiguiente contaminación de las tierras y el gran deterioro de los árboles. De que esto fuera así, no podía extrañar a nadie, ya que desde tiempo inmemorial, en las casas de campo, sobre todo de la mitad sur del término municipal, hubo pozos de los que se extraía aguas para usos domésticos. Estas aguas siempre fueron "salmayas", como lo eran asimismo las que fluían espontáneamente, "dels ullals del salar".

A partir de la segunda década del presente siglo, cuando empezaron a llegar al campo de Elche aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, estos pozos se abandonaron por completo y se olvidaron de ellos, cegándolos en su totalidad por inservibles.

Unos años después, cuando se padecieron también cortos períodos de sequía, aunque no tan grave como la actual, junto

a la carretera de Matola, se hicieron dos pozos y dos balsas, para almacenar las aguas que extraían de ellos. A dos kilómetros de Elche estaba el pozo de Mindiela y a ocho kilómetros el del Rizo. Los agricultores que regaban las aguas del pozo de Mindiela, lo hacían a través del cauce del Penat y las del Rizo, por una canalización que construyó él mismo, que llegaba hasta el término municipal de Crevillente. Como en ambos casos, estas aguas eran de mala calidad, tan pronto las había mejores de otras procedencias, dejaban de utilizarlas para riego y abandonaban su extracción.

En la zona norte del término municipal de Elche, hay algunos pozos que contienen aguas relativamente dulces y aprovechables para riego. Pero esto no deja de ser la excepción que confirma la regla.

Esta fiebre de hacer perforaciones en busca del agua, se intensificó en 1955, a medida que la sequía se iba agudizando. Hasta la propia Comunidad de Riegos de Levante perforó varios en la franja de tierra de su propiedad que tiene como ensanches del Canal Principal, a partir de la segunda elevación, pero con unos resultados muy pobres.

Para esta clase de obras, se daban algunas ayudas, por parte de la Administración, como se contemplaba en el Decreto de la Sequía, que publicó el Gobierno el 12 de mayo de 1995.

El día diez de julio del mismo año, ante el clamor general del campesinado del sureste peninsular pidiendo un "riego de socorro", procedente del Tajo, se reunió en Madrid la Comisión de Desembalses Tajo-Segura, para analizar la situación y dictaminar en consecuencia. Pero en vista de los escasos caudales, que según su criterio, había en la cabecera del Tajo no aprobó este trasvase y le pasó la "patata caliente" al Consejo de Ministros que se reunía cuatro días después y que tan poco decidió nada, dejando esta cuestión sobre la mesa. Antes esta pasividad, se reunió en Murcia la llamada Plataforma del agua,

que estaba compuesta por las Organizaciones Agrarias y los partidos políticos de Murcia, Almería y Alicante, que son las tres provincias que riegan con estas aguas trasvasadas, y entre otros, tomaron el acuerdo de hacer un paro general de cinco minutos, (de once a once y cinco de la mañana del día 21 de julio) -en que se reunía de nuevo el Consejo de Ministros-, en las tres provincias, instando a los Obispos de las tres Diócesis, a que durante estos cinco minutos de paro, las campanas de las Iglesias repicaran a muerte, en señal de contrición por la sequía. No obstante, por segunda vez no se aprobó el trasvase, aunque sí se aprobó un paquete de medidas de ayuda para las zonas afectadas por la sequía. La Plataforma del agua que también se reunió en esa fecha, tomó el acuerdo de repetir otra vez el paro de cinco minutos, a la misma hora del día 28, para presionar al Gobierno en petición del trasvase, y media hora antes, concentrarse ante el Gobierno Civil de Alicante, Murcia y Almería como señal de protesta.

Convocados por Jóvenes Agricultores y la Comunidad de Agricultores y Ganaderos, el día 21 de julio a las 11 de la mañana, se concentraron a la puerta del Ayuntamiento de Elche unas doscientas personas en un paro simbólico de cinco minutos. Entre los concentrados estaban la mayor parte de la Corporación Municipal, con el Alcalde Diego Maciá al frente, y que el día anterior dirigió un telegrama al Jefe del Gobierno, reclamando el trasvase de cincuenta y cinco hectómetros cúbicos de agua del Tajo.

La concentración del día 28 de julio a las 10'30 de la mañana, ante el Gobierno Civil de Alicante, no fue tan multitudinaria como se esperaba, unas mil personas escasas), a pesar de que la Comunidad de Riegos de Levante había dispuestos 22 autocares para desplazarse gratis a la capital de la provincia. Esta concentración fue ordenada y pacífica. No ocurrió lo mismo en Murcia, donde a la misma hora, los manifestantes más exaltados, agredieron al Presidente de la Confe-

deración Hidrográfica del Segura, Juan José Parrilla y al Presidente del Sindicato Central de Regantes del Trasvase, José Joaquín García Yelo. En el Consejo de Ministros de ese día, tampoco se decidió nada sobre el tan ansiado trasvase de 55 hectómetros.

Cada día que pasaba se hacía más tensa la situación, que amenazaba con desembocar en un conflicto de orden público por parte de unos agricultores desesperados que veían como sus arbolados se secaban por falta de riego. Así las cosas, el lunes 31 de julio, se hizo público por parte de los Ministerios de Agricultura y de Obras Públicas, que en el Consejo de Ministros del día cuatro de agosto, (el último antes de las vacaciones veraniegas) se daría luz verde al trasvase Tajo-Segura, pero no en la cuantía de los 55 hectómetros cúbicos solicitados, sino solo de 37 hectómetros. Pero, definitivamente lo que aprobó el Consejo de Ministros del cuatro de agosto fue trasvasar los 55 hectómetros solicitados, pero de la manera siguiente: treinta y un hectómetro de una forma inmediata y los veinticuatro restantes, se posponían para septiembre de 1996, condicionados a que las poblaciones que se abastecían de agua para usos domésticos del Tajo y del Taibilla, redujeran su consumo en un 10%, con lo cual, ese ahorro durante catorce meses, supondrían los veinticuatro hectómetros que se destinarían para riego a finales del verano del 96. De una manera inmediata, todos estos pueblos afectados por esta medida de ahorro, implantaron cortes de suministro de agua de seis horas, (de las doce de la noche a las seis de la mañana), los lunes, miércoles y jueves de todas las semanas hasta octubre del 96. Entre estos pueblos estaba también Elche, por supuesto, que hacía ya muchos años que no había sufrido esta clase de restricciones.

Después de muchas demoras por averías en los canales de conducción y otras causas, estas aguas trasvasadas llegaron al campo de Elche el día cuatro de septiembre, un mes justo des-

pués del acuerdo del Consejo de Ministros. En principio, se le asignaron a la Comunidad de Riegos de Levante 7'4 hectómetros, que suponían ocho minutos por tahulla con derecho a riego. Pero a última hora, se le redujeron dos hectómetros y se repartió a seis minutos por tahulla, con la promesa de que los dos hectómetros que le faltaban se le suministraría unas semanas después, los pozos de sequía de los aledaños del Segura.

De esta manera, en el campo de Elche, en los primeros nueve meses de 1995, solo se regaron dos minutos y medio de agua por tahulla de los pozos de sequía a primeros de julio y estos seis minutos de septiembre, con la posibilidad de regar dos minutos más por tahulla en el mes de octubre, también de los pozos de sequía. En cuanto a las aguas elevadas de los sobrantes de la Vega Baja, no se han regado en el campo de Elche desde febrero de 1994. Si a esto le añadimos que en los nueve primeros meses de 1995, en Elche las lluvias apenas han alcanzado los treinta litros de agua por metro cuadrado, se podrá tener una idea de lo que es el panorama agrícola en estos momentos, en el sur de la provincia de Alicante, a pesar de este trasvase que no ha sido una solución, sino un simple parche a una situación angustiosa que está viviendo el campo de Elche, situación que se puede agravar mucho más aun si no llueve abundantemente en los próximos meses.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

10

Ya hemos dicho en capítulos anteriores, que los agricultores ilicitanos siempre fueron muy pródigos en cuanto a la creación de organizaciones agrarias, llámense cooperativas, grupos de colonización, SATS, etc. que fueron surgiendo al paso de los años, en función de unas determinadas necesidades, que les salían al paso todos los días, relacionadas con el cultivo de la tierra y con su profesión.

Y que cuando la agricultura estaba en auge y caminaba con paso firme, estas organizaciones agrarias tenían también un florecimiento funcional y marchaban a plena satisfacción de todos. Eso fue, precisamente, lo que ocurrió en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, como ya dejamos reflejado en otros capítulos anteriores. En cambio, cuando la agricultura está decadente y en horas bajas, como ocurre en estos momentos, las entidades agrarias también se resienten y acusan esa decadencia general.

En cuanto a la decadencia de la agricultura ilicitana, como hemos explicado anteriormente, empezó en la década de los

ochenta, a causa precisamente, de la superproducción de productos agrarios y los bajos precios de los mismos. Pero en un principio, esa era una decadencia relativa, que solo afectaba a la rentabilidad y no a la producción ya que ésta, se producía en exceso, superando a la demanda y a las necesidades del mercado que estaba saturado, y por consiguiente, con unos precios a la baja y unos excedentes acumulativos.

Esto fue asís hasta 1990, año en que empezó la sequía que ya dura cinco años seguidos, y que va de mal en peor, a medida que pasa el tiempo. A partir de esa fecha, los efectos negativos de esa sequía que se van agudizando de año en año, van in crescendo, hasta el extremo de alcanzar los límites angustiosos que se están padeciendo en este tórrido verano de 1995.

Y con la sequía y la falta de agua de riego consiguiente, forzosamente, se dejaron de plantar cultivos hortícolas, que en la agricultura ilicitana, suponen alrededor del 50% del total de su producción. Y como consecuencia de esta pertinaz sequía, los arbolados empezaron a experimentar un gran detrimento. Todo esto se tradujo en una notable merma de productos cosechados, tanto en frutas como en verduras y hortalizas, con lo cual, el movimiento comercial de las cooperativas agrícolas que comercializaban los productos agrarios de sus socios, sufrió una drástica reducción en sus actividades. Al mismo tiempo, al quedar el campo semiparalizado, por falta de agua de riego, se consumían menos fertilizantes, menos insecticidas, etc., o lo que es lo mismo, menos movimiento comercial, tanto en entradas como en salidas, mientras los gastos fijos de estas empresas colectivas continuaban, prácticamente inalterables. La consecuencia lógica de estas circunstancias negativas, se manifestaba claramente en los balances anuales, que reflejaban grandes déficits, que se iban acumulando de año en año, hasta hacerse insostenibles, amenazando a estas entidades con una parálisis económica irreversible. Y esta parálisis económica afectó también hasta el buque insig-

nia de las sociedades agrarias ilicitanas, como era la Cooperativa del Campo de Elche, una entidad emblemática para los agricultores ilicitanos, de larga vida, antes próspera y floreciente y ahora de capa caída, hasta el extremo de verse forzada a desprenderse de casi todo su patrimonio, para poder evitar en plena decadencia, su total desaparición. Como desapareció el Grupo de Maitino, la Cooperativa de Torrellano, la Cooperativa de Ganaderos Agrupor, entre otras. Todo ese gran entramado asociativo que con ilusión y con esfuerzo, habían levantado los agricultores del campo de Elche, a lo largo de los años, para facilitar su labor profesional, se iba resquebrajando poco a poco y amenazaba con venirse abajo con estrépito, mientras la desilusión y el abatimiento se reflejaba en los rostros de sus creadores y usuarios.

Otra sociedad emblemática ilicitana que también se vio afectada profundamente, por la crisis de la agricultura, fue Nuevos Riegos El Progreso, que se vio completamente paralizada en sus actividades normales, al no haber agua de riego para distribuir y con unos gastos fijos acumulativos, que ponían en un serio peligro su supervivencia, después de casi un siglo de vida. También tuvieron que pasar al paro a la mayor parte de su plantilla de empleados, y además emitir nuevas emisiones de acciones para hacer acopio de dinero disponible para hacerle frente a la situación deficitaria por la que estaban atravesando. Por otra parte, hubo un principio de negociación entre Nuevos Riegos el Progreso, S.A. y la Comunidad de Regantes del mismo nombre, creada en 1985 con el fin de que la Comunidad adquiriera las concesiones de agua, las instalaciones y canales de distribución, pero hasta el momento, no se ha llegado a ningún acuerdo, en este sentido, por los distintos planteamientos que hacían cada una de las partes negociadoras.

Pascual Campos, que tenía en propiedad unas acciones de El Progreso, heredadas de su padre, por las que sentía un gran aprecio sentimental, con tal de que la sociedad no muriera por

inanición, adquirió más acciones de la nueva emisión, a sabiendas de que esta entidad tenía un porvenir un tanto incierto. Pero para él lo mismo que para otros centenares de agricultores ilicitanos, consideraban El Progreso como cosa propia, como un punto de referencia de la historia viva del campo de Elche, y que por lo tanto, había que salvar, a cualquier precio, por encima de otras consideraciones, más o menos conyunturales.

Las acciones de El Progreso, desde las primeras emisiones, en 1906, se transmitan de padres a hijos, entre las familias campesinas, como un patrimonio sentimental, y no se desprendían de ellas si no era por una extrema necesidad. Estas acciones, a mediados de siglo, en la época más boyante y floreciente de la sociedad, llegaron a tener un valor de mercado diez veces superior a su valor nominal, y era difícil encontrar a alguien que quisiera desprenderse de ellas. Lógicamente, cuando ahora la entidad estaba pasando apuros económicos, estas acciones se habían devaluado mucho, respecto al precio que tuvieron en otros tiempos.

Por los efectos perniciosos de la sequía, el campo de Elche fue perdiendo, paulatinamente, su vigor y su vitalidad productiva, quedando sumido en una semiparalización general y traumatizante, que afectaba a todos y cada uno de los miembros del colectivo campesino ilicitano, que veían con preocupación, como iban disminuyendo, drásticamente, sus ingresos al reducirse sus cosechas notablemente. Y mientras, en esas circunstancias tan lamentables, cada día que pasaba, se veían más tierras incultas y abandonadas y más árboles secos por todas partes. El campo de Elche, que en otros tiempos no muy lejanos, era un auténtico vergel, ya no era ni la sombra de lo que había sido antes. Cada día iban disminuyendo los árboles y aumentando las parameras, con un gran detrimento ecológico.

Desde 1943, después de la Guerra Civil Española, primero a través de la Hermandad Sindical de Labradores y Gana-

deros y después por la Cámara Agraria Local, hasta su desaparición en 1992, todos los años, la Guardería Rural, llevaba a cabo un censo completo de todos los cultivos del campo de Elche. Estos censos, que siempre fueron aproximativos, y nunca exhaustivos y pormenorizados, fueron durante muchos años, los únicos datos existentes para poder hacer un seguimiento de la evolución productiva de la agricultura ilicitana del último medio siglo. Basándonos en esos datos, en un capítulo anterior de este libro, ya dejamos constancia de lo que era esta agricultura en 1985, época que consideramos como la cúspide de su máximo esplendor. De la misma manera, queremos utilizar los datos del mismo origen, referidos al año 1992, que son los datos del último censo completo realizado, para dejar constancia de las diferencias existentes durante el período de siete años, en lo que a cultivos se refiere, en el conjunto de la agricultura ilicitana.

CULTIVOS HERBACEOS

Trigo	60 hectáreas
Cebada	2 hectareas
Maiz	48 hectáreas
Sorgo	26 hectáreas
Patatas tempranas	800 hectáreas
Patatas tardías	500 hectáreas
Algodón	290 hectáreas
Girasol	90 hectáreas
Pimiento para pimentón	140 hectáreas
Alfalfa	300 hectáreas
Apio	25 hectáreas
Lechugas	15 hectáreas
Sandía	10 hectáreas
Melones	150 hectáreas
Calabacines	15 hectáreas
Pepinos	15 hectáreas
Berengenas	150 hectáreas

Tomates	150 hectáreas
Pimientos verdes	30 hectáreas
Alcachofas	700 hectáreas
Cebollas	30 hectáreas
Habas verdes	220 hectáreas

FORES Y PLANTAS ORNAMENTALES

Claveles	28 hectáreas
Rosas	22 hectáreas
Otras flores	29 hectáreas
Plantas ornamentales	60 hectáreas

CULTIVOS ARBOREOS

Naranjos	665 hectáreas
Mandarinas	45 hectáreas
Limoneros	860 hectáreas
Manzanos	26 hectáreas
Perales	90 hectáreas
Nísperos	31 hectáreas
Albaricoqueros	50 hectáreas
Ciruelos	30 hectáreas
Higueras	260 hectáreas
Granados	1.020 hectáreas
Palmeras datileras en huertos	441 hectáreas
Almendros	5.016 hectáreas
Algarrobos	45 hectáreas
Viñedo de uva de mesa	539 hectáreas
Viñedo de uva para vino	32 hectáreas

En cuanto a los cultivos arbóreos, el único que se ha incrementando durante estos siete años, son los granados. Todos los demás han disminuido y algunos de ellos considerablemente, como es el caso de los almendros y los viñedos, con la particularidad de que en los dos años últimos, esta disminución se ha incrementado de una manera acentuada.

En los cultivos herbáceos, industriales y cerealísticos, durante el mismo período de tiempo, si exceptuamos las patatas, disminuyeron todos también, hasta el extremo de que los cultivos hortícolas, por falta de agua de riego en 1995, han desaparecido por completo de la geografía agraria ilicitana, ya que la poca agua que ha habido en los últimos tiempos la han usado para regar arbolados. Solamente en algunos invernaderos se plantaron algunas hortalizas, aunque éstos, en su inmensa mayoría, se dedican a las plantas ornamentales y a la floricultura.

Desaparecida ya la Cámara Agraria Local, y transferidas sus competencias a los Ayuntamientos correspondientes, así como sus funcionarios, la Consellería de Agricultura de la Generalitat Valenciana, en 1993, encargó a la Guardería Rural de Elche, que llevaran a cabo un censo de cultivos, pero solo referido a los cítricos y a los invernaderos. Este censo, arroja los siguientes datos:

CÍTRICOS

Naranja Navelina	47 hectáreas
Naranja Washintón	50 hectáreas
Naranja Navelate	35 hectáreas
Naranja Salustiana	34 hectáreas
Naranja Valencia Late	5 hectáreas
Mandarina Satsuma	23 hectáreas
Mandarina Tempranas	40 hectáreas
Limón Fino	102 hectáreas
Limón Verna	578 hectáreas

En lo que a las naranjas se refiere, observamos que debe haber algún error en los números, ya que las cantidades reflejadas, nos parecen muy cortas y que no se ajustan a la realidad, aunque es evidente la tendencia a la disminución, como queda muy bien reflejada en los limoneros.

CULTIVOS HERBÁCEOS EN INVERNADEROS

Patatas	3 hectáreas
Calabacines	15 hectáreas
Pepinos	18 hectáreas
Tomates	100 hectáreas
Pimiento verde	5 hectáreas
Alcachofa	50 hectáreas
Judías verdes	1 hectáreas
Habas verdes	1 hectáreas
Plantas ornamentales	63 hectáreas
Rosales	22 hectáreas
Calabacines	15 hectáreas

CULTIVOS LEÑOSOS REGADOS POR EL SISTEMA DE GOTEO

Naranjos dulces	5 hectáreas
Mandarinos	4 hectáreas
Higueras	8 hectáreas
Granados	15 hectáreas
Almendros	20 hectáreas

Estos son los únicos datos de que disponemos de los cultivos del campo de Elche, referidos al año 1993. Por otra parte, queremos destacar que las 278 hectáreas de invernaderos y las 52 hectáreas reseñadas en el último lugar son los únicos cultivos que en 1993 se regaban en el campo de Elche por el sistema de goteo, cuando dada la escasez de recursos hídricos que padecemos en esta zona, la totalidad de los cultivos, tanto arbóreos como hortícolas, deberían regarse por este sistema, como ocurre en las agriculturas modernas y avanzadas, como es el caso de Israel, por ejemplo.

PUCHE MUSEO ESCOLAR

11

El largo y cálido verano de 1995 ya tocaba a su fin. Las Fiestas Patronales del mes de agosto, se habían celebrado, una vez más, con más brillantez si cabe, que en los años anteriores. En todas las representaciones del Misteri, la Iglesia Arciprestal de Santa María, estuvo a rebosar de un público fiel y entusiasmado que vibraba con emoción ante el colorido y la vistosidad de las escenas líricas de la Festa. Por las calles céntricas de nuestra ciudad, desfilaron otra vez con suntuosidad y bullicio, los entes festeros de estos festejos populares y religiosos, en la Nit de l'Albà, se elevaron hacia el cielo estrellado, miles y miles de plegarias luminosas, en forma de cohetes y palmeras de fuegos artificiales, que llenaron de estruendo y color la cálida noche ilicitana del trece de agosto.

El pregonero de las fiestas de este año, fue el actor cómico José Luis López Vázquez, que como ya es tradicional, desde el balcón del Ayuntamiento, y ante una plaza de Baix abarrotada de un público expectante, (entre el que se encontraba Pascual Campos y su esposa, que siempre asistían a este acto

inaugural de las Fiestas Mayores), invitó a todos los ilicitanos a gozar de estas fiestas entrañables en paz y armonía. Todo eso se había quedado atrás y ya era historia. Por otra parte, el período vacacional ya había terminado y las gentes se habían reincorporado a sus ocupaciones habituales, y por lo tanto, Elche recuperaba su pulso normal después del paréntesis festivo y veraniego, y todos, desde su puesto de trabajo, contribuían, en mayor o menor medida, al desarrollo y prosperidad de la ciudad de las palmeras.

En cambio, el campo, las partidas rurales, es decir, el sector campesino, estaba deprimido y semiparalizado, por las circunstancias negativas en que estaba envuelto, a causa de la pertinaz sequía, que ya se venía arrastrando desde hacía más de cuatro años, y que parecía no tener fin, sino todo lo contrario, ya que se iba agudizando a medida que pasaba el tiempo, hasta el extremo de que en los siete meses transcurridos de este año, apenas habían caído treinta litros de lluvia por metro cuadrado, en varias veces. Prácticamente, nada.

Las pocas aguas trasvasadas del Tajo durante este año, apenas habían servido para mitigar una mínima parte, los cuantiosos daños sufridos por los arbolados del campo de Elche, a causa de la sequía más calamitosa sufrida por esta comarca, desde principios de siglo. Los embalses del Hondo, continuaban secos y polvorientos desde hacía año y medio, y el mismo plazo de tiempo se llevaba sin regar con aguas de sobrantes de la Vega Baja del Segura, cosa insólita hasta esos momentos. Por consiguiente, el panorama que ofrecía el campo de Elche, a finales del verano del 95, no podía ser más triste y desolador: granadas en agraz abiertas, colgando de unos árboles amarillentos que no se habían podido regar, y que estaban en trance de secarse. Multitud de fincas rústicas incultas y abandonadas, con unas tierras de primera calidad, y que por falta de agua no tenían ningún aprovechamiento inmediato. Miles y miles de almendros secos o semisecos a causa de la sequía,

con unos enormes quebrantos económicos para sus dueños, así como ecológicos y medioambientales para el conjunto de la sociedad, que se veía privada de una gran masa forestal que le daba al campo de Elche riqueza y hermosura. A ese campo de Elche que fue, durante mucho tiempo, un auténtico vergel, por obra y gracia de una climatología benigna, de una tierra generosa, de unas disponibilidad de agua de riego, sino abundantes, al menos suficientes, y sobre todo, de un cultivo apropiado, por parte de un colectivo campesino sacrificado y con un alto nivel profesional, que siempre fue modélico y ejemplar.

Y de cultivos hortícolas y herbáceos, nada de nada. Habían desaparecido por completo del campo de Elche las miles de hectáreas de algodón, de alcachofas, de habas, de alfalfa, de ñoras, de tomates, de patatas, de berenjenas, de melones, de sandías, etc. que en años normales cuando se podía regar con una cierta regularidad, constituían el 50% de la agricultura ilicitana, y que suponían para los agricultores del campo de Elche, una gran fuente de ingresos y la creación de numerosos puestos de trabajo, durante todos los meses del año. Todo ese conglomerado de cosechas fue disminuyendo paulatinamente en los últimos cuatro años, hasta extinguirse, casi en su totalidad, a causa de la sequía, de una sequía traumatizante y demoledora, que no se sabía cuando iba a finalizar. Y eso era, precisamente, lo más preocupante de la situación, ya que existen antecedentes históricos, de otras sequías anteriores, que duraron siete, diez y hasta quince años seguidos, según consta en los anales de la historia de Elche.

Y contra esa sequía y para implorar la lluvia benefactora, que brillaba por su ausencia, desde hacia ya mucho tiempo, hasta se sacaron los Santos a la calle en rogativas, como último recurso y como demostración de un acto de fe, hecho que no se había producido en Elche desde principios de siglo, cuando se produjo aquí otra pertinaz sequía que duró siete años seguidos. Primero fue San Isidro el Labrador, Patrón del cam-

po español, que lo llevaron en procesión desde la Ermita de Santa Bárbara, en la partida de Saladas, hasta el Estadio de Fútbol Martínez Valero, donde el Obispo de la Diócesis ofició una misa de campaña, concelebrada con otros sacerdotes de Elche y las partidas rurales. Después sacaron de la Basílica de Santa María a la Virgen de la Asunción, Patrona de Elche, que la sacaron a la calle por dos veces, al amanecer, recuperando la antigua tradición religiosa llamada Rosario de la Aurora, con numerosos acompañamiento de fieles llevando velas encendidas. No obstante, el tiempo meteorológico se mantenía inmutable, con unos cielos casi permanentemente limpios y azules. Y cuando esporádicamente se nublaba, las nubes pasaban de largo y apenas dejaban caer una ligera llovizna que se evaporaba rápidamente, por la gran sequedad de la tierra.

Pascual Campos participó en ambas rogativas, aunque no estaba muy convencido de que aquello sirviera para cambiar la meteorología en sentido positivo, y propiciase las lluvias que tanta falta hacían para remediar la angustiosa situación por la que estaba atravesando el campo de Elche. Pero comprendía que las gentes, cuando sufren una situación complicada, que son incapaces de resolver por si mismos, se refugien en el último baluarte que tienen a mano: la fe. Y como es bien sabido, la fe, a veces, hasta levanta montañas, metafóricamente hablando. En muchas ocasiones, la fe es una sólida apoyatura espiritual de las criaturas humanas, ante sus deficiencias y limitaciones para hacerles frente a los grandes retos y dificultades que les salen al paso, a lo largo de la vida.

Mientras Pascual Campos acompañaba a los Santos que se habían sacado a la calle en rogativas, iba recordando lo que su padre le había contado muchas veces, en relación a la última gran sequía padecida en estas comarcas, que tuvo lugar entre los años 1907 y 1914, siete años seguidos sin llover y sin cosechar nada en las tierras de secano, que lo eran casi en su totalidad, las del campo de Elche. Aquello fue terrible, hasta

el extremo de que un gran porcentaje de campesinos, y también de gentes de la población, se vieron forzados a emigrar al extranjero, particularmente, al norte de Africa, para ganar un jornal y poder sobrevivir, ya que aquí, ni llovía, ni se cosechaba nada y el campo estaba casi paralizado por completo, en su actividad laboral. Fueron aquellos unos años de miseria y de penuria muy aguda, pues hay que tener en cuenta que entonces, la agricultura representaba más del 50% del P.I.B. de Elche, en su conjunto.

En sus íntimos razonamientos, Pascual Campos llegó a la conclusión de que en esta comarca, las sequías se producen con mucha frecuencia, dentro de unas medias pluviométricas muy bajas, como corresponde a una zona de las más secas y áridas de la Península Ibérica. Eso podremos comprobarlo de una manera irrebatible, con solo mirar las montañas de los entornos, sin una brizna de vegetación. Y que la solución definitiva para paliar estas deficiencias pluviométricas, que aquí son normales, no consisten en sacar los Santos a la calle en rogativas, por mucha fe que se tenga en ellos, sino en llevar a cabo una redistribución más justa y equitativa del conjunto de los recursos hídricos de nuestro país, mediante los correspondientes trasvases de las cuencas hidrológicas excedentarias a las deficitarias, partiendo de la base de que España tiene suficiente agua, pero está mal repartida. También existe otra posibilidad, como es dessalinizar el agua del mar, para su aprovechamiento inmediato, tanto para abastecer a las poblaciones, como para regadíos, aunque para riego, de momento, estas aguas desalinizadas, resultarían demasiado caras. Pero mucho más caro resulta aun, ver como se pierden todos estos árboles del campo de Elche, que con tanto cariño y esmero plantaron tres generaciones de agricultores, para que ahora, por la sequía, vayan todos al garete.

Las dos soluciones, (trasvase y desalinización del agua del mar) hoy, técnicamente, son posibles. Solo se precisa para ello, voluntad política y el presupuesto apropiado, para con-

vertirse en realidad en un breve plazo de tiempo. Pero lo más urgente de todo, es convertir en realidad el Plan Hidrológico Nacional, que tanto se hace esperar. A partir de esos momentos, el Gobierno Central estaría facultado para llevar a cabo esa correcta redistribución de todas las aguas, ya que según dispone la Ley de Aguas actualmente en vigor, todas las aguas de la nación, tanto de superficie, como las subterráneas, son de dominio público, por encima de lo que opinen los Gobiernos Autonómicos, en sus respectivos territorios, y que con sus criterios interesados tanto han retrasado su alumbramiento. A este respecto, lo que no se puede admitir ni tolerar, en modo alguno, es que existan ríos españoles que tengan recursos excedentarios que vayan a parar al mar sin ningún aprovechamiento útil, mientras hayan tierras fértiles y productivas y que además gozan de una climatología envidiable, como es el sur de la provincia de Alicante y las huertas murcianas, que se estén desertizando y perdiendo su enorme potencial productivo, por carecer de agua para riego. Que ocurran estas cosas en un país europeo, en los albores del siglo XXI, es francamente intolerable, por falta de previsión de los poderes públicos. Somos conscientes de que no todas las cosas pueden hacerse al mismo tiempo, y tal vez en los años anteriores han habido otras prioridades que atender con más urgencia. Pero de la aprobación del Plan Hidrológico Nacional y de los trasvases necesarios de unas cuencas a otras, eso no admite espera, como se está comprobando en estos momentos. No obstante, también tenemos que recalcar que se impone implantar una política de ahorro de agua en el conjunto de la sociedad española, en general, incluyendo a los propios agricultores, que deben olvidarse de regar por inundación, como lo hicieron siempre, generalizando el riego por goteo, como existe en todas las agriculturas modernas y tecnificadas, en que los recursos hídricos son escasos, como es el caso de Israel, por ejemplo, en donde hasta los palmerales del Valle del Jordán los riegan por el sistema de goteo. Cuando los bienes son escasos, como

ocurre con el agua, en nuestro país, hay que administrarlos con eficacia y racionalidad, y no malgastarlos en modo alguno, pues del agua depende en gran medida, el desarrollo y la prosperidad de estas cálidas comarcas de las costas alicantinas y murcianas. Y mucho más aun de unos años a este parte, en que estas costas son receptoras de un turismo multitudinario, tanto nacional como extranjero, que consume ingentes cantidades de agua en las playas y en los hoteles donde se hospedan, y que lo que buscan aquí es descanso y comodidad, sin ninguna restricción, ni en el consumo de agua ni en ninguna otra cosa. Y ese turismo, que es fuente de riqueza, hay que mimarlo y potenciarlo más aun si cabe, ya que de momento, es la mayor industria productiva que tenemos, gracias a un clima privilegiado y unas playas apetecibles. Con toda seguridad, si el trasvase Tajo-Segura no se hubiera llevado a cabo en la década de los años setenta, todas estas costas no se hubieran desarrollado, turísticamente, tanto como lo han hecho. Eso es una realidad innegable, que no podemos olvidar, pero que en la actualidad, ya no es suficiente para cubrir todas las necesidades. De ahí la apremiante necesidad de traer aguas de otras cuencas excedentarias para los usos domésticos de una población que se va incrementando de año en año, para una agricultura de regadío que es la única viable en estas zonas cálidas y para un turismo en auge, que constituye la alternativa económica del futuro inmediato. Sin agua suficiente de buena calidad, todo ese desarrollo y prosperidad, se vendría abajo como un castillo de naipes.

Esta pertinaz sequía que venimos padeciendo y que ya dura cinco años seguidos, va a dejar huellas indelebles en el campo de Elche, y va a establecer, sin lugar a dudas, un antes y un después.

En lo que llevamos de siglo, que ya se encuentra en la recta final, han habido épocas históricas que condicionaron el desarrollo agrario ilicitano, en función de determinados he-

chos y circunstancias, siendo la primera de 1903 a 1910, ya que durante estos siete años, ocurrieron tres hechos muy significativos en el campo de Elche, como fueron la creación de la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos el Progreso, S.A. (1906) por el Ingeniero Técnico Industrial Ernesto Martínez Riviere y seis agricultores más de La Marina, con un capital social de 2.510 pesetas, representadas por 502 acciones de cinco pesetas cada una, y la distribución de las primeras aguas elevadas por el sistema de bombeo, que tuvieron lugar el 9 de enero de 1910. Estos riegos se ampliarían por la misma empresa en 1915 por la Real Compañía de Riegos de Levante el 31 de Enero de 1923.

La llegada al campo de Elche de estas aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, de los sobrante de la Vega Baja del Segura, cambiaron el panorama agrario ilicitano, ya que el 90% de las tierras cultivables del campo de Elche, pasaron de ser de secano a convertirse en regadío, aunque esta aguas, al ser de sobrantes, no se podía disponer de ellas con total seguridad. Y al convertirse estas tierras en regadío, se introdujeron en el campo de Elche nuevos cultivos, tanto arbóreos como hortícolas. Y donde antes solo habían cereales, se empezaron a plantar almendros, naranjos, limoneros, perales, ñoras, algodón, cáñamo, tomates, berengenas, melones, sandías, etc. En una palabra, el campo se convirtió en huerta. Y una nueva cultura agrícola alumbró en el campo de Elche, al socaire de los nuevos regadíos, una nueva cultura que no solo afectaba a la forma de cultivar la tierra, sino también hasta el mismo lenguaje coloquial de los agricultores, al introducirse en los mismos nuevos vocables desconocidos hasta entonces, como "elevación, fiel, repartior, talla, aforo, canal, turno", entre otros muchos.

Al introducir nuevos cultivos, la agricultura ilicitana se hizo más rica, más variada y más próspera. Y de esa riqueza y prosperidad, en mayor o menor medida, participaban todos los agricultores del campo de Elche, que aunque no estaban aun recuperados del todo del trauma que sufrieron por la larga

sequía que padecieron unos años antes, se les hizo la vida un poco más fácil y llevadera. Era evidente que con la llegada de las aguas dulces para riego, se había iniciado una nueva época histórica en el campo de Elche, al pasar del secano al regadío.

El año 1975, marcó también otro hito histórico en la agricultura ilicitana. Nos estamos refiriendo a la llegada de las primeras aguas trasvasadas del Tajo al Segura, para complementar las aguas de sobrantes de la Vega Baja, que ya eran insuficientes para cubrir todas las necesidades de riego del sur de la provincia alicantina. Con la llegada de estas aguas del Tajo, se había realizado un viejo sueño de los agricultores ilicitanos, que reinvindicaron nuevos recursos hídricos de otras cuencas, para suplir las deficiencias hídricas y la baja pluviometría de estas comarcas. La primera vez que el Ayuntamiento de Elche pidió colaboración a los otros Ayuntamientos del Vinalopó Medio, para trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, fue en 1420, repitiéndose esta petición varias veces, en los siglos posteriores, y siempre con la oposición frontal de los regantes de la Huerta Valenciana. Posteriormente, en 1933, siendo Ministro de Obras Públicas del Gobierno de la República, Indalecio Prieto, se proyectó hacer un trasvase de las Lagunas de Ruidera de la Provincia de Alicante. Pero las turbulencias políticas que desembocaron en la Guerra Civil Española, impidieron que se llevase a cabo este proyecto.

Y por fin, después de tan larga espera, llegaron al río Segura, aguas trasvasadas de otras cuencas excedentarias, que no eran ni del Júcar ni de las Lagunas de Ruidera, como se habían pedido antes, si no de la cabecera del Tajo. El "Alma Mater" de la realización de esta magna obra hidráulica fue Federico Silva Muñoz, Ministro de Obras Públicas del Gobierno del General Franco. Para regular estos trasvases de agua del Tajo al Segura, se promulgó una Ley que establecía las condiciones básicas en que se podían trasvasar estas aguas, que partiendo del pequeño embalse del Bolarque, en la cabe-

cera del Tajo, después de más de trescientos kilómetros de canalización, por las tierras manchegas, desemboraría en el pantano de Talave, en el río Mundo afluente del Segura.

En años normales, en lo que se refiere a las aguas embalsadas en la cabecera del Tajo a primeros de octubre, se establecía un calendario de desembalses para todo el año hidrológico, (octubre-septiembre). Pero cuando estas reservas no llegaban a los mínimos establecidos por la Ley, los trasvases siempre resultaban polémicos y controvertidos, y tenían que ser aprobados por el Consejo de Ministros, para lo que se denominaban "Riegos de Socorro", como ocurrió casi siempre, en los últimos años. En cambio, para abastecimiento de poblaciones, como necesidades prioritarias, hacían unos pequeños desembalses casi continuados, para complementar los caudales del Taibilla, que abastecen de agua potable a todos los lugares costero de Murcia y del sur de la provincia de Alicante.

Por efectos de la sequía y por otras diversas razones, a partir de 1990, una nueva época histórica se inició para el campo de Elche y su agricultura. Una nueva época con tintes decadentes. Esto ya lo preveíamos en 1987, cuando publicamos el libro EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE.

En dicho libro, entre otras cosas, decíamos: "A medio y largo plazo, el campo de Elche, agrícolamente, no tiene futuro", "por pura lógica, tal como hoy la vivimos y la entendemos, la agricultura ilicitana, está abocada a una decadencia irreversible, y por lo tanto, carece de futuro" (página 17). "Al margen de unas determinadas circunstancias más o menos favorables o adversas, que puedan producirse, en un momento determinado, existen unos factores condicionantes que inciden negativamente en la agricultura ilicitana, de cara al futuro, lo cual nos induce augurar para la misma, un porvenir incierto y problemático" (Página 12). A continuación, analizábamos algunas de estas causas determinantes, par llegar a esta conclusión negativa.

Esta sequía persistente que estamos padeciendo, lo que ha hecho es acelerar esa decadencia irreversible de la agricultura ilicitana, que ya vaticinábamos hace ocho años. Pero cuando esta sequía termine, (¡ojalá sea pronto!) ya nada va a ser lo mismo que antes. Serán otros tiempos, otras circunstancias y otros planteamientos los que tendrán que hacerse los agricultores del campo de Elche, si quieren sobrevivir, profesionalmente, del cultivo de la tierra, en el alborear del siglo XXI. En este alborear del tercer milenio, no es que la agricultura ilicitana vaya a desaparecer por completo, pero sí que se va a quedar reducida a su mínima expresión, a una agricultura testimonial, que no tendrá nada que ver con la agricultura del pasado. Una agricultura representada por unos centenares de explotaciones agrarias más tecnificadas, con un sistema de riego generalizado por goteo y con unos cultivos selectivos, que respondan a las necesidades de unos mercados consumidores, que cada día que pasa, van a ser más difíciles y exigentes, en cuanto a la calidad de los productos agrarios. Una agricultura que tendrá que prescindir de muchos cultivos tradicionales que ya no tienen razón de ser, por haber perdido la rentabilidad que tuvieron en el pasado, aunque esto les produzca un cierto desgarro sentimental. Una agricultura más basada en la calidad que en la cantidad, como lo fue siempre.

El panorama del campo de Elche, a finales del verano de 1995, no podía ser más triste y desolador. De las 6.200 hectáreas de almendros que había hace diez años, en plena producción, ahora solo quedan unos cuatro mil, y de estos, el 50% estaban secos y semisecos, por efectos de la sequía y por no haberse podido regar lo necesario, con la particularidad de que si esta situación dura un año más, se secarán casi en su totalidad. Así de sencillo.

De las 760 hectáreas de parrales de uva de mesa que había en el 85, solo quedaban la mitad, pues al subvencionar la Administración su arranque con un millón de pesetas por hectá-

rea, para disminuir la producción de uva, con el fin de recuperar los precios, que se habían hundido por exceso de producción, muchos agricultores aprovecharon esta oportunidad para deshacerse de estos parrales, que ya no les eran rentables, al mismo tiempo que recogían algún dinero, para ir viviendo.

De las 1.500 hectáreas de limoneros que había en el campo de Elche hace diez años, quedaban escasamente una tercera parte, después de estar muchos años vendiendo los limones a precios de retirada, que fijaba la Comunidad Económica Europea, o lo que es lo mismo, a precios de saldo. Y así en todo los demás cultivos arbóreos, excepto en los granados, que aumentaron, como ya dijimos en páginas anteriores.

En cuanto a los cultivos herbáceos y hortícolas, se habían reducido a la mínima expresión, es decir, prácticamente a cero. Solo persistían algunos cultivos hortícolas en invernaderos, así como algunas explotaciones de floricultura y de plantas ornamentales, por el mismo sistema.

El campo de Elche, como unidad productiva de cosechas agrícolas, había perdido ya la relevancia que tuvo en años anteriores, por la drástica reducción que habían experimentado estas cosechas, por los efectos negativos de la sequía. Por otra parte, la superficie total de tierras cultivables, iban disminuyendo, paulatinamente, por haberse dedicado a otros menesteres. Pongamos como ejemplo, el Aeropuerto de El Altet,el Parque Industrial de Torrellano- Saladas, el Palacio Ferial de IFA y sus ensanches, el Estadio de Fútbol Martínez Valero, varios núcleos urbanos que se habían trazado en diferentes zonas rústicas y más de diez mil chalets que se habían construido gentes de la población en pequeñas parcelas de tierra, compradas exprofeso para estos fines, a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, así como infinidad de naves industriales que también se asentaron en terreno rústico. Todo esto absorbió más del 50% de la tierra cultivable del término municipal, y lo que fue más significativo aun, se fueron arrinconan-

do a los agricultores a un segundo plano, hasta casi convertirse en extraños, dentro de su propio territorio, de su hábitat natural.

La agricultura ilicitana, había perdido ya de una manera irreversible, el gran protagonismo que tuvo en tiempos pasados, cuando proporcionaba casi el 50% del P.I.B. del conjunto de la población, al mismo tiempo que las tierras cultivables se iban reduciendo aceleradamente, ya que apenas quedaba la mitad de ellas para su aprovechamiento agrícola. Y estas tierras cultivables, podrían disminuir mucho más aun, si se construía en el campo de Elche, la segunda Universidad de Alicante, si se cumplían las previsiones. No era una cosa decidida aun, de una manera definitiva, pero existían muchas posibilidades de que así ocurriera. Si esta posibilidad se realizaba, muchos centenares de hectáreas de tierra cultivables del campo de Elche, se les sustraerían a la agricultura, que aun se quedaría más empequeñecida.

El colectivo de agricultores ilicitanos, social y culturalmente, había perdido la cohesión que mantuvo en otros tiempos, como grupo humano, y lo que era más triste aun, se había producido un cierto desgarro generacional, entre los jóvenes y los mayores, ya que la mayor parte de los primeros, no quería saber nada, profesionalmente, de sus padres, que se veían relegados a su suerte, en el cultivo de la tierra, con lo cual se había producido un acelerado envejecimiento de la población activa campesina. Ese hecho significaba una demora y un inconveniente para el desarrollo agrario ilicitano, para la modernización imprescindible que esa agricultura estaba pidiendo a gritos, para adaptarla a lo que demandaban las nuevas circunstancias. A las personas mayores, próximas a la jubilación o ya jubiladas ¿qué cambios se les podía pedir?

En esas circunstancias estaba Pascual Campos y muchos centenares de agricultores más, que observaban, resignados, como sus hijos abandonaban la agricultura y se marchaban en busca de otros horizontes laborables o en algunos casos, tam-

bién a cursar estudios, cosa que sus padres no tuvieron la oportunidad de hacer, en la mayoría de los casos.

En el verano de 1995, se produjo otro hecho, que causó un gran impacto entre los agricultores ilicitanos. Nos estamos refiriendo a la exposición pública de la revisión del Plan General de Ordenación Urbana de Elche, que provisionalmente había aprobado la Corporación Municipal unas semanas antes. En algunos aspectos de esta revisión, los agricultores presentaron, dentro de plazo, miles de alegaciones, en contra de algunas innovaciones, muy substanciales que se contemplaban en el mismo, respecto a lo que había hasta entonces en vigor. Algunas de estas modificaciones las consideraban completamente innecesarias, incluso, auténticas barbaridades. La mayoría de estas alegaciones se concentraron sobre cinco proyectos concretos: el trazado de una nueva carretera que uniría Elche con Alicante, entre la actual y la autovía. La construcción de otra carretera, que partiendo de la Ronda Sur, a la altura de Maitino, cruzaría Perleta y Valverde hasta enlazar con Santa Pola. Otro vial que enlazaría la desembocadura del barranco de los Arcos hasta enlazar con el camino de la Ermita de Matola. El trazado de un cauce que uniría la desembocadura de este mismo barranco con el cauce del Vinalopó, desviando el curso natural de las aguas de aluvión del primero, para evitar inundaciones en las pedanías de Algoda y Pusol. Y por último, la catalogación de terrenos inundables, que se contemplan en la Clave 53, de toda la zona que limita con la Vereda de Sendres hacia el sur, con todas las cortapisas y limitaciones que ello lleva consigo. Incluso, algunas pequeñas zonas al norte de esta Vereda, también se catalogaban como terrenos innundables.

Nunca una revisión del Plan General de Ordenación Urbana de Elche había sido tan conflictiva y protestada por los agricultores ilicitanos.

Pascal Campos y todos sus vecinos, presentaron también alegaciones, dentro de plazo, en el Registro del Ayuntamien-

to, ya que la partida de Tierras Verdes, se veía muy afectada por estas modificaciones estructurales que el Ayuntamiento intentaba introducir en la revisión del Plan General de Ordenación Urbana, que se había sacado a exposición pública a primeros de junio, y que tantas novedades introducía en las zonas rurales, sobre todo, en lo que a viales se refiere,

¿Servirían para algo tantos miles de alegaciones presentadas por los agricultores a algunos aspectos de la revisión del Plan General? ¿ Se tendrían en cuenta los razonamientos que contenían estas alegaciones, y por consiguiente, se daría marcha atrás en algunos de estos proyectos que los agricultores consideraban inaceptables? Eso estaba por ver, aunque Pascual Campos tenía sus dudas de que esa gran cantidad de alegaciones surtieran algún efecto rectificador, por parte del Ayuntamiento. Pero al menos, lo habían intentado, haciendo uso de los derechos de alegación, que les conceden las normas legales.

Esta nueva revisión del Plan General de Ordenación Urbana, dio pie a una nueva fricción entre el Ayuntamiento y el colectivo campesino, como ocurrió en los veranos de 1981-82, con motivo de la edificación de viviendas en las zonas rurales y por la problemática de los palmerales de Elche, como ya relatamos en capítulos anteriores de este libro. Y Pascual Campos reflexionaba sobre la coincidencia de que estas fricciones siempre ocurriesen en pleno verano, en vísperas de las Fiestas Patronales.

La cuestión es que en el campo existía un gran malestar por las consecuencias negativas que podrían derivarse de la revisión del Plan General de Ordenación Urbana, si se aprobaban, definitivamente, todas las modificaciones que se contemplaban en el avance que se había sacado a exposición pública. El tiempo y el Ayuntamiento tenían la última palabra.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

12

A pesar de que en los meses de noviembre y diciembre llovió un poco, el año 1995, en lo que se refiere a la comarca de Elche, según los datos aportados por el meteorólogo local Francisco Agulló Marco, ha sido el año menos lluvioso desde 1854, fecha en que empezó a disponerse en nuestra ciudad de referencias y datos pluviométricos, batiendo un triste record en este sentido. Este período ha sido la culminación de cinco años seguidos de sequía, que se fue agudizando a medida que pasaba el tiempo. Unos simples datos nos ilustrarán en este sentido:

Lluvia caída en Elche durante el año 1991 ..... 250 l. por m².
Lluvia caída en Elche durante el año 1992 ..... 236 l. por m².
Lluvia caída en Elche durante el año 1993 ..... 197 l. por m².
Lluvia caída en Elche durante el año 1994 ..... 197 l. por m².
Lluvia caída en Elche durante el año 1995 ..... 117 l. por m².

En Elche, la media de lluvia por año, según las estadísticas, si computamos períodos largos, oscila alrededor de 280 litros por m². y año, que es aproximadamente, la mitad de la

media nacional, lo que nos convierte en una de las comarcas más secas y áridas de la España Peninsular. Pero como hemos visto, esta media se ha reducido a 198 litros en el último quinquenio, según los datos reseñados anteriormente, convirtiendo los últimos cinco años en muy desastrosos en cuanto a la escasez de lluvias. Si a esto añadimos que esta sequía ha sido casi generalizada a escala nacional, y nos ha privado de recursos hídricos para poder regar regularmente con las aguas procedentes del Segura y el Tajo, no nos debe extrañar que el panorama agrícola del campo de Elche, se haya agravado un tanto, como ya dejamos reseñado en capítulos anteriores.

De los 117 litros de lluvia caída en Elche durante todo el año 1995, casi el 50% cayeron en los dos últimos meses, (21 noviembre y 23 de diciembre), con la particularidad de que estos dos meses fueron muy lluviosos casi en la totalidad del territorio nacional, rompiendo una tendencia de pertinaz sequía que ya se venía arrastrando desde hacía mucho tiempo. Estas lluvias fueron particularmente intensas en la cornisa cantábrica, Extremadura, Castilla-León, Castilla-La Mancha y Cataluña. Incluso en algunas comarcas del norte y del centro de la Comunidad Valenciana, llovió abundantemente, como ocurrió en La Safor, Castellón y La Marina Alta. Pero como suele ocurrir casi siempre, la comarca de Elche se benefició muy poco de este régimen de lluvias, que tanta falta hacían para remediar, aunque fuera en parte, los efectos perniciosos de la sequía.

Este régimen de lluvias casi generalizadas que se han producido en la mayor parte del país, durante el mes de diciembre, y que aun continúan en los primeros días del nuevo año, cuando escribimos estas páginas, han abierto unas perspectivas más esperanzadas de cara a que por fin remita el azote de la sequía, que iba adquiriendo caracteres alarmantes en los últimos tiempos, y sirvan, asimismo, para que se repongan los embalses que estaban casi todos bajo mínimos, en todas las

cuencas hidrográficas. Hagamos votos para que estas lluvias continúen y de esta manera, el próximo verano se pueda regar normalmente en el campo de Elche, y que la agricultura ilicitana recobre su pulso normal, después de varios años de deficiencias y de calamidades. Si aquí llovió poco, como es habitual, por lo menos que se pueda regar cuantas veces se precise. De momento, el Hondo aun permanece semiseco, situación anormal que ya dura casi dos años, y los pantanos de las cabeceras del Segura y el Tajo, se están reponiendo, aunque muy lentamente. Esperemos que la situación de estos embalses se normalicen lo antes posible. No obstante, aunque los riegos se normalicen en un futuro inmediato, los quebrantos que ha sufrido la agricultura ilicitana son tan cuantiosos, a causa de la sequía, que va a ser muy difícil de subsanar, sobre todo en los cultivos arbóreos, al haberse perdido miles de hectáreas de arbolados por falta de agua, particularmente, cítricos y almendros, lo que ha supuesto grandes pérdidas económicas para el castigado colectivo de agricultores ilicitanos.

De todo lo expuesto anteriormente, se puede decir, como resumen, que el año 1995 que ha finalizado hace pocos días, para el Campo de Elche ha sido muy funesto y que 1996 empieza con una ligera esperanza de mejoría. Lo que hace falta ahora es que esta esperanza se convierta en una gozosa realidad. Pero eso aun está por ver.

Otra anormalidad climatológica que se produjo en los últimos días del mes de diciembre fue el excesivo calor que hizo durante unas fechas, ya entrado el Invierno. Concretamente, el día de Navidad hubo en Elche una temperatura máxima de 23'5 grados y una temperatura mínima de 17, más propias del equinoccio de primavera que del solsticio del invierno. Estas temperaturas tan anormales no solo se dieron en Elche, si no también en amplias zonas del territorio nacional.

Al margen de los avatares meteorológicos, han ocurrido en Elche en los últimos cuatro meses de 1995, algunos hechos

destacables que afectan más o menos directamente, al campo y a la agricultura.

En primer lugar haremos referencia al acuerdo definitivo del Consell de la Generalitat Valenciana de que la segunda Universidad de Alicante se ubique en el término municipal de Elche, concretamente en la zona de la Galia. Esta posibilidad que ya apuntábamos en el capítulo anterior, se convirtió en realidad a partir del tres de noviembre, fecha en que el Consell anunciaba, oficialmente, dicho acuerdo.

Esta Universidad va a ocupar alrededor de dos mil tahullas de tierra fértil del campo de Elche, aunque algunos de estos terrenos, el Ayuntamiento ya los había catalogado como urbanos y estaban destinados a construir viviendas sobre ellos. Si bien es cierto que con estas instalaciones universitarias el campo ilicitano se va a ver mermado en cuanto a tierras de cultivo se refiere, el convertirse Elche en ciudad universitaria, le va a dar a la ciudad mayor importancia y categoría. Por lo tanto, bienvenida sea la Universidad a nuestro término municipal.

El año 1995 terminó también sin que el Ayuntamiento hubiese aprobado, con carácter definitivo, la revisión del Plan General de Ordenación Urbana, aunque la comisión de cinco miembros que se creó en el Ayuntamiento para hacer el seguimiento de dicha revisión, rechazara la mayor parte de las alegaciones que multitud de personas particulares y algunas entidades, habían presentado contra algunos aspectos de esta revisión, como ya apuntamos en el capítulo anterior. Tendrán que pasar aun varios meses hasta que se diluciden algunos aspectos de los más polémicos de la revisión de este Plan General de Urbanismo. Una cosa si que parece decidida: se ha dado luz verde a la construcción de la polémica carretera Elche-Alicante, entre la actual y la autovía. De nada sirvieron las manifestaciones de protesta y las firmas recogidas de los directamente afectados por este vial. Todos los demás aspectos de la revisión del Plan, están aun en el aire.

El día 21 de noviembre se vio en un juzgado de Elche, el primer caso de arranque ilegal de palmeras por el procedimiento penal. Hasta entonces, todos los casos similares se había tramitado por vía administrativa. Pero el caso es que lo de los arranques ilegales de palmeras en el término municipal de Elche, se ha convertido en una cuestión que parece no tener solución, si no todo lo contrario, y que está envenenando un tanto las buenas relaciones entre el Patronato y el Ayuntamiento por un lado y un gran número de agricultores por otro.

El día dos de octubre, la Comunidad de Riegos de Levante, empezó a distribuir entre los comuneros dos minutos de agua por tahulla y el 5 de diciembre empezó otro reparto de 4 minutos por tahulla. En ambos casos, estas aguas procedían de los pozos de sequía de los aledaños del Segura.

Este último reparto debió de atrasarse por lo menos un mes, pues era demasiado pronto para darles a los arbolados el riego de invierno. Por tal motivo, muchos comuneros regaron estas aguas un poco a regañadientes.

El precio de las aguas de este último reparto se incrementó alrededor de mil pesetas por hora.

Con el reparto de estas aguas, finalizaron los riegos en un año que se caracterizó, precisamente, por la escasez de recursos hídricos y por la falta de lluvias; un año de triste memoria para los agricultores del campo de Elche.

En cuanto a Pascual Campos, el protagonista directo de esta historia, cumplió sesenta y cinco años a mediados del mes de diciembre de este año que ha finalizado hace unos días, y desde esa fecha pasó a engrosar el colectivo de pensionistas de la Seguridad Social, después de haber cotizado treinta y cinco años como trabajador por cuenta propia en la rama agraria. Cuando él se dio de alta en la Seguridad Social, como autónomo de la agricultura, solamente pagaba una cuota de diez pesetas mensuales, aunque solo le cubría las intervenciones quirúrgicas y las enfermedades profesionales. Después, a

medida que pasaban los años, fue aumentando el importe de la cotización y la cobertura, hasta llegar a la asistencia completa, como está en estos momentos.

Desde unos meses antes de jubilarse, Pascual Campos estaba sumido en un mar de dudas respecto a lo que haría cuando llegase ese momento. ¿Continuaría trabajando la tierra, como lo había hecho siempre? ¿Venderlas y cesar en su actividad habitual de toda la vida? ¿Arrendarlas a otro persona, para que se hicieran cargo de ellas? ¿Dejarlas incultas y abandonadas, como se veían tantas fincas en el campo de Elche?

Consultó con sus hijos para ver que debería hacer en el momento que se jubilase, y lo único que le dijeron fue que ellos de la tierra no querían saber nada, ya que habían orientado sus vidas por otros derroteros profesionales al margen de la agricultura. En cuanto a cederlas en arriendo a otra persona, no era cosa fácil, y más aun después de cinco años de sequía y decadencia, con los arbolados en mal estado y con un futuro problemático en cuanto a las posibilidades de riego. En esas circunstancias era difícil encontrar a alguien que quisiera arrendar la tierra, por barato que fuera el arrendamiento. En cuanto a venderlas, no quería ni pensarlo, si no era por pura y simple necesidad, pues las había heredado de sus padres, y por lo tanto, tenían para él un gran valor sentimental, más incluso que el valor económico que pudieran tener. Además, había estado vinculado a ellas toda la vida y las había cultivado directamente desde su juventud y eso establece unos vínculos entrañables muy difíciles de romper.

El dejarlas abandonadas y sin cultivar, le resultaba también traumático, ya que él siempre se había esmerado en su cultivo y hacía todos los trabajos en su debido tiempo.

Solo le quedaba la opción de continuar trabajando, como siempre, sin tener en cuenta para nada los años que tenía, como se veían obligados a hacer infinidad de agricultores ilicitanos que estaban en sus mismas circunstancias, opción que no le

apetecía tampoco, pues había trabajado mucho durante toda su vida, junto con su esposa que le ayudaba en la medida de sus posibilidades, para sacar la familia adelante y que sus hijos pudieran tener unos estudios y unos conocimientos básicos para abrirse camino en la vida por otros derroteros diferentes a los que él había seguido desde un principio, con dedicación exclusiva a la agricultura. Además, no gozaba de buena salud y a medida que pasaban los años aparecían nuevos achaques que iban mermando poco a poco, su fortaleza física. Y por lo tanto, lo que de verdad le apetecía era cesar en su actividad laboral y gozar de un merecido descanso, pero sin perder el contacto con el medio y el ambiente en que había hecho siempre y continuar habitando en su vivienda rural, como lo había hecho siempre, pues trasladarse a vivir a la población, como hacían otros agricultores cuando se jubilaban, no entraba en sus planes, ni tenía ningún atractivo para él, pues se sentiría un tanto desarraigado y fuera de lugar.

Después de meditarlo mucho, y aconsejado por su esposa, Pascual Campos tomó la decisión de ceder la tierra a un sobrino suyo recién casado, que siempre había sido agricultor, para que la cultivara por su cuenta y riesgo, sin cobrarle cantidad alguna en concepto de arrendamiento. Solamente tenía que abonarle el importe de la contribución rústica, las jornadas teóricas y las derramas anuales a la Comunidad de Riegos de Levante, para conservar el derecho a riego. Lógicamente, también se reservaría parte de los productos cosechados para el consumo familiar.

Fue este un acuerdo tácito entre tío y sobrino, condicionado a que dejaría la tierra en el supuesto de que la vendiera y la legara a sus hijos como herencia. De esta manera Pascual Campos seguiría viviendo donde vivió siempre, sin perder de vista sus propiedades. No sacaba nada de ellas, pero tampoco le generaban ningún gasto, y en lo sucesivo, se limitaría a vivir del importe de la pensión y de unos pequeños ahorros que

tenía depositados en la Cooperativa del Campo de Elche y en la sucursal que tenía la CAM en la partida de Tierras Verdes.

Pascual Campos, como hombre realista que fue siempre, era consciente de que los hombres de su generación, como agricultores, ya no tenían nada que hacer en el campo de Elche, no por falta de voluntad y conocimientos profesionales para cultivar la tierra, si no sencillamente, que la agricultura ilicitana tenía que modernizarse y adaptarla a las nuevas circunstancias. Y esa modernización tendrían que llevarla a cabo los pocos jóvenes que quedaban en el campo, dispuestos a continuar siendo agricultores, a pesar de los pesares, y no las personas mayores que ya habían perdido la ilusión y el empuje necesario par ir venciendo las muchas contrariedades y desengaños que les salían al paso todos los días. Los jóvenes eran los llamados a salvar los restos del naufragio en que se había sumido la agricultura ilicitana en los últimos tiempos, aunque no sería tarea fácil si no se podía solucionar a corto plazo el problema del agua de riego de una manera satisfactoria. De eso depende el que la agricultura ilicitana pueda sobrevivir, aunque sea en pequeñas magnitudes. De lo contrario, desaparecerá casi por completo en el plazo de pocos años. Así de sencillo.

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Pascual Segarra el
día 10 de septiembre de
1996 festividad de
San Nicolás

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR